

Biografía de un campesino andaluz

La historia oral como etnografía

Alfredo Jiménez Núñez

2^a
edición
actualizada



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Secretariado de Publicaciones



COLECCIÓN DE BOLSILLO
NÚMERO 66 AÑO 2014

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ

BIOGRAFÍA DE UN
CAMPEÑO ANDALUZ
La historia oral como etnografía

Segunda edición ampliada y revisada



Sevilla 2014

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

1^a edición: 1978

2^a edición: 2014

Motivo de cubierta: Pintura de Antonio Agudo

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2014
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <<http://www.publius.us.es>>

© ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ 2014

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN: 978-84-472-1553-9
Depósito Legal: SE 1543-2014
Impresión: Kadmos

A la memoria de mis padres y de Beatriz.
A mis hijos y a todos los manriqueños de ayer y de hoy.

Índice

Prólogo a la segunda edición	11
Prólogo.....	13
Introducción. Antonio y su pueblo	17
Capítulo I. Infancia y juventud (1903-1926).....	55
Capítulo II. De la mili a la guerra civil (1926-1939)	97
Capítulo III. Vivir en un pueblo	121
Capítulo IV. De los años del hambre a nuestros días (1939-1977).....	157
Un final que pudo ir al principio. La historia oral como etnografía.....	179
Desde la distancia de un tercio de siglo.....	207
Biografía del autor	225

Prólogo a la segunda edición

En mis largas charlas con Antonio Béjar Martínez, este campesino andaluz iniciaba sus recuerdos con la expresión “Antiguamente...”. Otras veces decía: “En mis tiempos...”. Cada uno de nosotros tiene su tiempo, y nada es más absoluto e inexorable para los humanos: un día para nacer, un día para morir. A la vez, nada más relativo según ocasión y circunstancias. El tiempo vuela o se demora según nos va. El tiempo no pasa por donde pasó, y nada sucedido en el tiempo se repite... ¿O, tal vez, sí?

Era yo un maduro padre de familia cuando conversaba con un anciano de prodigiosa memoria. Desde sus setenta y tantos años, Antonio recordaba el pasado y me transmitía su visión de tres cuartos del siglo veinte. Treinta y seis años después, soy yo el anciano que ha vivido años que no aparecen, lógicamente, en la narración de mi amigo.

He redactado un capítulo nuevo para esta segunda edición que sirva de referencia y contraste entre un tiempo y otro. Yo invito a releer la vida de Antonio si ya la conocían, o a leerla por primera vez a los que no conocieron a Antonio ni su época. Puede que los mayores se sorprendan de lo mucho o lo poco que han cambiado las cosas. A los más jóvenes les resultará difícil entender lo que era la vida y el pueblo de un campesino andaluz de otro siglo. La historia no se puede modificar, pero nuestra visión del pasado nunca es la misma desde un presente en continua fuga. Antonio tendría ahora ciento nueve años.

A pesar de lo que se dice, el tiempo no lo borra ni lo cura todo. Puedo asegurar que hoy permanecen en mí con toda su frescura la imagen de Antonio Béjar Martínez y el recuerdo de mis hijos jugando felices en la plaza del Convento, alrededor de su fuente, o corriendo entre los pinos de la dehesa Boyal. Valió la pena recalar un día en Villamanrique y disfrutar por temporadas de un segundo hogar.

Prólogo

El lector encontrará en las páginas que siguen exactamente lo que indica el título de este libro: la biografía de un campesino andaluz, tal como él me la ha contado. Con la narración de su vida va empalmada la historia de su pueblo y algunos sucesos de la España de su tiempo en los que nuestro hombre tomó parte o conoció de alguna manera. He elaborado por mi cuenta una Introducción que ofrece una visión de conjunto del pueblo como escenario en el que se desarrolla esta vida; en cada capítulo aparecen otras introducciones más breves que intentan crear para cada momento el marco donde se sitúan las experiencias de nuestro campesino.

No hay que decir que esta es la historia sencilla de un hombre sencillo. Lo que aquí se recoge es la vida misma sin más drama ni más tragedia que lo que supone el vivir de cada día, que no es poco. El protagonista no es un héroe de novela sino un hombre del campo que ha vivido, sufrido y trabajado como tantos millones de españoles a lo largo de este siglo. Me ha parecido importante y hasta necesario recoger, antes de que se pierdan por completo, estos testimonios ingenuos, espontáneos, sinceros, vivos, subjetivos que son ya parte de la historia de nuestro país, de nuestra región, de nuestros pueblos; una historia que a lo mejor o a lo peor, no recoge ningún historiador ocupado de otros personajes y de otros acontecimientos más espectaculares. La pequeña historia que aquí se cuenta es

una parte, una faceta, de nuestra historia contemporánea contada por un hombre del campo que de vez en cuando se asoma a la ciudad.

No me he inventado un nombre para nuestro campesino ni para su pueblo, en contra de lo que es norma en los estudios antropológicos. En primer lugar, hubiera sido inútil cualquier intento de mantener oculta la identidad del pueblo o de la persona, a menos que hubiera omitido muchos detalles que eran necesarios para la narración. Además, aquí no había nada que ocultar porque se trata de la vida honrada de un hombre que vive en una honrada comunidad a la que contempla en su ancianidad con ojos limpios, sin amargura ni rencor contra nada ni contra nadie. A muchos lectores les resultarán familiares, como propias, las cosas que aquí se dicen; algunos reconocerán nombres y sucesos; otros se verán mencionados con nombre y apellidos, porque todos ellos son los protagonistas de esta pequeña obra real que es una página más, entre tantas, de la historia de España en estos tres cuartos del siglo XX. Las cosas menudas que aquí se dicen, las costumbres que fueron y ya no son, serán de interés para los que las vivieron y servirán de testimonio para los más jóvenes que corren el peligro de desconocer una España dolorosa y difícil, sobre todo en sus ambientes rurales a los que siempre tocó la peor parte de un patrimonio y de unas cargas muy mal repartidas.

A los que se interesen por la teoría y los métodos y por lo que es o puede ser un campesino y una comunidad rural desde el punto de vista de las ciencias sociales, les invito a continuar la lectura hasta el final donde se trata brevemente de estas cuestiones. Intento en esta última parte una aproximación entre la «historia oral», según la vienen entendiendo recientemente los historiadores, y la «etnografía» como base y método de la Antropología Cultural para la recopilación de datos y como

una primera descripción de la sociedad y la cultura de un grupo. El resultado de esta aproximación tal vez sea el desarrollo de una etnografía histórica que tanto puede contribuir a iluminar el pasado reciente y a superar el enfoque sincrónico de la etnografía tradicional.

Este libro es el resultado de un interés académico y de una labor científica. Es además —y quiero afirmarlo con fuerza— el resultado de una experiencia personal y familiar que me ha llevado a conocer a un hombre y a los habitantes de un pueblo que me han honrado y enriquecido con su amistad. Por esta razón, este libro está también dedicado a todos los hombres y mujeres de Villamanrique de la Condesa que con su nobleza, su sencillez y su esfuerzo de cada día son un magnífico ejemplo de esa vida rural que tanto significa todavía en el conjunto de la región andaluza.

Sevilla y Villamanrique de la Condesa, Navidad de 1977

Introducción.

Antonio y su pueblo

Les presento a Antonio Béjar Martínez

Mi amigo Antonio tiene setenta y tres años. Medía cuando le tallaron para ir al servicio militar un metro con sesenta y tres, aunque ahora quizás tenga algún centímetro menos por aquello del peso de los años. Se mantiene sin embargo erguido y se mueve con agilidad, a pesar de estar un poco sobrado de peso sin ser gordo. Es de piel muy blanca y aunque el escaso cabello que forma coronilla alrededor de su cabeza ya es blanco, por *sus* cejas se puede decir que fue de cabello rubio o muy claro. Es un hombre muy cuidadoso de su persona y de sus cosas, pero también de las cosas de los demás por lo que se puede confiar plenamente en Antonio ya que su sentido de la responsabilidad y del orden es garantía de que hará todo lo que prometa y todo lo que se espere de él. Por ejemplo, es de una puntualidad británica y de suma discreción, de tal manera que nunca permanece en ningún sitio más tiempo que el necesario, sin llegar a estorbar nunca. Es Antonio metódico y rutinario hasta la exageración y le gusta hacer alarde de lo que puede ser una virtud.

Los días de trabajo viste Antonio la ropa usual en el pueblo entre los hombres de campo: pantalón y chaqueta de «patén», de color gris, con la chaqueta abotonada hasta el cuello. En tiempo frío la camisa es de franela y se abriga

con un chaleco sin mangas; cuando viene el buen tiempo se quita el chaleco y se desabrocha los primeros botones de la chaqueta. Se calza con unas botas y se cubre, siempre, con una gorra que en invierno le abriga y en verano le protege del sol. Hasta en su casa, cuando se sienta a comer, a leer o a ver la televisión, Antonio se toca con la gorra y no sale sin ella a ninguna parte. Cuando viene de visita a casa se quita la gorra y deja ver esa huella tan propia de los hombres del campo que sólo toman el sol en la cara y en las manos; entonces se ve la diferencia entre la piel quemada del rostro y la cabeza calva y parte de la frente que no saben de sol. Los domingos y los días que va a Sevilla o asiste a cualquier acto en el pueblo, como un entierro, Antonio viste un traje de corte ordinario de color discreto, y camisa de franela o más ligera según el tiempo, pero jamás lleva corbata.

Antonio lee mucho desde niño, pero nunca ha necesitado gafas. Sus ojos claros se achispan cuando dice con cierto orgullo que ve mejor que otros más nuevos que él, es decir, más jóvenes. Fuma desde que era un muchachillo, pero su manera de fumar es curiosa y revela su carácter disciplinado y metódico. Nunca se traga el humo y en los últimos años fuma de noviembre a abril, porque cuando vienen los fríos y la lluvia se le antoja un cigarro; pero en abril, cuando empieza a apretar el calor, se quita del tabaco porque le seca la garganta. Antonio es de una corrección exquisita y natural de esa que todavía se encuentra entre nuestros campesinos, ya que una cosa no está reñida con la otra y hoy la urbanidad es más fácil de encontrar en los pueblos que en las urbes, cuyas gentes parecen recrearse en el mal hablar y en las malas maneras. Cuando iba a trabajar en cuadrilla, no le gustaba beber donde lo hacían todos porque era antihigiénico, y antes de ponerse a comer en el campo se lavaba las manos con un chorro de agua. Antonio es sobrio y frugal y como

tiene la tensión un poco alta, bebe y come cada vez con más medida.

Estos son algunos rasgos del físico y de la personalidad de mi amigo Antonio Béjar Martínez. Lo mucho que falta de este retrato y lo que ha sido su vida, nos lo dirá el mismo Antonio en los próximos capítulos. Al final le conocerán bastante mejor y estoy seguro de que le estimarán como estimo yo a este hombre sencillo, correcto y honrado que, como tantos otros que uno se encuentra por esos pueblos de Andalucía, son el mejor fruto, la mayor riqueza, de nuestra región. ¡Qué lástima que la ciudad y la Administración no hayan descubierto a tiempo una especie que se va haciendo rara y que está a punto de desaparecer por culpa de la ignorancia y del abandono que secularmente han sufrido el campo y sus hombres!

El pueblo tiene su historia

Andalucía está llena de pueblos viejos que remontan a veces sus orígenes a la época romana y, mucho más, al período musulmán y a la reconquista cristiana. Villamanrique no es de los más antiguos, pero cuenta su historia por siglos y tiene unos orígenes con todo el sabor de lo nebuloso y de lo humilde hasta hacerse poco a poco realidad firmemente contrastada por los documentos. Villamanrique tiene su *historia*, quiero decir una historia escrita de la que me voy a servir para establecer los antecedentes de esta villa. La elaboró con cariño y buen estilo y la publicó en 1961 el que era entonces su cura párroco, don José María Vázquez Soto, quien le puso por título: *Historia y leyenda de Villamanrique*.

«Villamanrique: Pueblo antiguo y pueblo nuevo. Hay quien dice que debió su origen a una galera armada que

donó su señor al rey Alfonso X el Sabio, y que el rey lo entregó como feudo; se habla también de terreno de caza del rey moro Almotamid; se conjetura de unos antiguos esteros, donde los de la media luna preparaban sus salinas para el viejo rey taifa de la moruna Aznalcázar». Así comienzo esta historia que puede servir de ejemplo y estímulo a tantos párrocos rurales y personas cultas con acceso a esa documentación que existe en muchos pueblos y que ha sufrido tantas vicisitudes, que parece milagrosa su conservación hasta nuestros días.

La primera población de lo que sería Villamanrique debió asentarse en la cañada o derramaderos de Mures, lugar próximo al actual emplazamiento de la villa. Alrededor de 1560 se estaba edificando en aquella zona el convento franciscano de Nuestra Señora de Gracia y poco a poco los vecinos de Mures se fueron trasladando a las proximidades del convento hasta dejar completamente abandonado su primer asentamiento. Al trasladarse, se llevaron con ellos el primitivo nombre de Mures, que en 1574 constituye su primer ayuntamiento, al que se suman también los vecinos del poblado de Gato que hoy es en parte dehesa y en parte tierra de olivar dentro del término municipal. En el año de 1539, el rey Carlos V, dueño de la encomienda de Mures, la vendió a don Francisco de Zúñiga Guzmán y Sotomayor, duque de Béjar, y en la década de 1570 es su titular don Álvaro Manrique de Zúñiga, que era también señor de Gato, Gines y Garruchena y posteriormente sería nombrado virrey de México. A este noble debe Villamanrique su cambio de nombre, como ya se lee en una partida de bautismo de 1577: «En la villa de Villamanrique de Zúñiga, que antes se denominaba Mures...».

Con el tiempo, el señorío de Villamanrique pasó a los marqueses de Astorga que por matrimonio refundieron más tarde esta casa con el condado de Altamira. La documentación del siglo XIX muestra la actuación del conde de Altamira en los asuntos de la villa, cuya vida municipal domina a través de los nombramiento de los cargos del concejo, aunque su intervención se realice a distancia pues la multitud de títulos que poseía no le dejarían

mucho tiempo para visitar siquiera sus propiedades de Villamanrique. Este siglo XIX se había iniciado con la peste que afectó a Sevilla y algunos de sus pueblos, entre ellos nuestra villa, donde hubo cuarenta y dos defunciones en 1800, y la cosa no fue peor gracias a la protección del patrón San Roque a quien el pueblo acudió con fe. Buena parte de este siglo la ocupan los esfuerzos por construir un nuevo templo en sustitución del primitivo que se había quedado insuficiente y era de muy humilde factura. La obra avanzó lentamente y sufrió importantes interrupciones por falta de dinero; sólo pudo acabarse, ya en la segunda mitad del siglo, con las aportaciones de la Corona, de la Iglesia y de los duques de Montpensier que fueron quienes presidieron el 16 de enero de 1859 la consagración del nuevo templo, que aunque fue abierto entonces al culto no estaba totalmente terminado.

Entre principio de siglo y esta fecha solemne ocurrieron algunos otros acontecimientos dignos de mencionar. En primer lugar, la presencia francesa en España y el breve reinado de José Bonaparte que sirvió en Villamanrique para mostrar la resistencia del pueblo a jurar fidelidad al francés, a pagar los tributos y a ejecutar las órdenes de confiscación de bienes que habían pertenecido a los franciscanos de la villa. Como sutilmente lo hace José María Vázquez Soto en su obrita, es curioso notar que después de esta breve y malvista influencia francesa en los intereses de la villa, en el año 1850 adquirió el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe de Orleans, la dehesa de Gato y la casa-palacio que pertenecían al conde de Altamira. El duque hizo su entrada oficial en la villa aquel mismo año, quedando desde entonces vinculado a Villamanrique a través de su descendencia. Mucho tiempo después, la villa añadiría a su nombre de Villamanrique el apellido «de la Condesa», precisamente por el condado de París.

Si esta década de 1850 vivió la alegría de la consagración del templo y el esplendor de los recibimientos que el pueblo ofreció a la familia real, también sufrió un año negro, el de 1855, con una nueva peste que cobró ciento siete vidas. El año siguiente fue asimismo nefasto para el pueblo a causa de un exceso de lluvias que llevó a la indigencia a una buena parte de su población. Estas miserias contrastaban con la presencia frecuente por estos años de personajes de la realeza y de la nobleza, hecho que se convertiría en algo normal en Villamanrique hasta nuestros días.

La vida religiosa de la villa contó a su favor con la ejemplaridad de párrocos como don Gabriel Alonso, leonés del valle de Villavimbres, que durante más de cincuenta años fue titular de la parroquia de la villa, a la que dedicó sus esfuerzos reflejados en las obras de la iglesia que él supo llevar adelante, y en la caridad que ejerció con sus feligreses más necesitados. Esta vida religiosa fue también pujante a través de las cofradías que agrupaban a muchos vecinos, como la del Santísimo Sacramento que tuvo su origen en el siglo XVI y que se extinguió en 1883; la hermandad de la Vera-Cruz, de la que constan últimas voluntades de sus miembros anteriores a 1750; la hermandad de la Santa Soledad de María, ya existente en 1600. Asimismo, la Venerable Orden Tercera de San Francisco, a la que estaban afiliados casi todos los vecinos del pueblo, más otros muchos de pueblos próximos pues, como cita José María Vázquez Soto, tan sólo de Pilas existen en los registros de la Orden cuatrocientos afiliados allá por 1820. La crisis y los cambios de los que se hablará en los capítulos que siguen, no son cosas exclusivas de nuestro tiempo sino más bien una constante histórica. Así lo reflejan las palabras nostálgicas de nuestro historiador cuando escribe:

«Desgraciadamente nada de esto nos legó el tiempo. El rudo golpe que recibieron las órdenes religiosas a la raíz de

la entrada de las tropas francesas en España, la confiscación de los bienes de los regulares y el abandono paulatino de los mismos hermanos, dio al traste con toda esta riqueza espiritual que hoy sería la salvación de la vida cristiana de los pueblos».

Un poco de etnografía

Villamanrique de la Condesa está situado a unos cuarenta kilómetros al suroeste de la ciudad de Sevilla, en tierras que marcan por ese rumbo 'los límites de la comarca natural del Aljarafe, de tal manera que tras los bosques de pino y eucalipto de su término aparecen ya tierras de marismas¹. Está rodeado Villamanrique por los términos de Pilas, Aznalcázar e Hinojos; los dos primeros pertenecen a la provincia de Sevilla, mientras que Hinojos corresponde a la provincia de Huelva. La superficie del municipio de Villamanrique es de 5.744 hectáreas con un solo núcleo de población, el propio pueblo, que cuenta con 3.300 habitantes. El pueblo más próximo es Pilas, a unos seis kilómetros, con un término aún más reducido (4.379 hectáreas), aunque su población es de casi 9.000 habitantes. Los términos de Aznalcázar e Hinojos son mucho mayores (45.325 y 31.896 hectáreas, respectivamente), pero la población de Hinojos es casi exactamente la misma que la de Villamanrique y la de Aznalcázar

1. Este apartado es una adaptación y ampliación del artículo: «Comunicación y dependencia del exterior en un pueblo andaluz», del que son autores Alfredo Jiménez y Beatriz Suñe, presentado a la Segunda Reunión de Antropólogos Españoles celebrada en Segovia en noviembre de 1974. Los datos numéricos se han obtenido personalmente en diversos organismos del pueblo y de la provincia, así como de la publicación *Sevilla. Estudio de sus municipios. Año 1976*, editada por la Organización Sindical.

es algo inferior. El cuadro siguiente muestra la situación prácticamente estacionaria de la población de Villamanrique a lo largo de este siglo con una diferencia máxima de 313 habitantes en 1960 respecto de 1900, para después iniciarse un descenso en las cifras absolutas debido a la emigración; en efecto, entre 1961 y 1970 se ha dado un saldo migratorio de 361 individuos que ha anulado el crecimiento vegetativo. Hay que señalar que las cifras recientes de nacidos en el pueblo se refieren, en realidad, a alumbramientos en hospitales y clínicas de Sevilla a las que acuden desde hace unos años la totalidad de las mujeres tan pronto como se manifiestan los signos del parto.

POBLACIÓN DE HECHO DE 1900 A 1970

Año	Habitantes	Año	Habitantes
1900	3.079	1940	3.146
1910	3.225	1950	3.346
1920	3.362	1960	3.392
1930	3.154	1970	3.227

La economía de Villamanrique se caracteriza por los siguientes hechos fundamentales: naturaleza exclusivamente agrícola; escaso rendimiento en términos absolutos y relativos; incapacidad para ofrecer trabajo permanente a toda su población laboral; atomización de la propiedad y distancia entre las diversas parcelas de un mismo propietario. Dentro de este cuadro general aparecen grandes diferencias: sólo hay un propietario que posea más de 1.000 hectáreas del término; unos siete poseen extensiones aproximadas a las 300 hectáreas; unos diez reúnen unas 100 hectáreas cada uno; el número de propietarios que reúne unas 50 hectáreas es de veinticinco a treinta; aproximadamente unos ochenta vecinos

tienen tierras cuya extensión oscila entre las 10 y las 50 hectáreas; finalmente, unos cien propietarios poseen superficies de menos de 10 hectáreas. Casos extremos de toda esta situación pueden representarlos el primer propietario, que posee como una quinta parte del término, y un vecino como nuestro amigo Antonio Béjar, que hasta principios de 1977 poseía dos parcelas situadas en puntos opuestos y con unas superficies de 6,40 y 0,70 hectáreas, respectivamente. Al vender Antonio la parcela mayor, es ahora propietario solamente de una minúscula parcela o «cercao» de menos de una hectárea, caso muy frecuente en el pueblo. Otra forma de expresar esta atomización de la propiedad es la siguiente: el número total de explotaciones agrarias es de algo más de 400 con 341 parcelas de superficie inferior a una hectárea, 407 situadas entre una y cinco hectáreas y 126 parcelas de más de cinco hectáreas. Si se atiende al régimen de tenencia de estas tierras se comprueba que la inmensa mayor parte (bastante más de 4.000 hectáreas) se trabajan en régimen de propiedad; unas 663 hectáreas figuran en arrendamiento y el régimen de aparcería u otros son prácticamente despreciables por la pequeñez de sus superficies.

La tierra cultivada se divide entre 5.409 hectáreas de secano y 335 de regadío, situación que se pretende modificar para este término y otros de la una mediante un vasto proyecto del IRYDA (Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario) que pretende aprovechar la riqueza de agua que parece existir en el subsuelo. Más de la mitad de la superficie total del término de Villamanrique es terreno forestal con explotaciones de eucalipto, pino y encina. Las tierras propiamente de cultivo suman casi 2.000 hectáreas muy repartidas en una diversidad de cosechas entre las que destacan el olivar para aceituna de molino y aceituna de verdeo o de mesa y a bastante distancia y por este orden los cítricos, los cereales (trigo, cebada, avena,

maíz), las plantas oleaginosas, los frutales, la remolacha y otros. Mención especial merece por su novedad el cultivo del girasol. La ganadería está representada por unas seiscientas cabezas de vacuno, aproximadamente la mitad de ganado lanar y otro tanto de porcino, y cifras inferiores a cien para caballar, mular y asnal.

La pequeñez del término y la situación del pueblo en su centro geográfico reducen las distancias desde cualquier parcela o finca y solamente unas cuantas familias habitan las pocas edificaciones que se levantan en medio del campo, pues la gente prefiere sin duda vivir en el pueblo y cubrir cada día la distancia de su casa al lugar de trabajo que, por otra parte, es muy variable para los jornaleros y muy disperso para la mayoría de los propietarios grandes, medianos y pequeños. La configuración y aspecto externo de Villamanrique responde a un tipo muy común en la región, con una población muy concentrada que ocupa casas contiguas en manzanas o cuadras muy compactas, especialmente en la zona central del pueblo. Las treinta y siete calles son de trazado irregular y muy desiguales en su longitud, pues muchas de ellas no hacen más que conectar las calles más largas que parten de alguna de las varias plazas y tienden a dirigirse en una distribución radial hacia la periferia del caserío hasta terminar en el campo. Villamanrique está solamente a 29 metros sobre el nivel del mar y el pueblo es marcadamente llano y las calles están en su mayor parte pavimentadas; pero las que no lo están son calles de arena más que de tierra que resultan polvorientas en tiempo seco, y cuando llueve intensamente se enfangan y por su ligera pendiente corren las aguas abriendo canalillos.

Hay una plaza principal —aunque no es la mayor en superficie— a la que dan fachada el ayuntamiento, un lateral de la iglesia, el mercado, el «casino» o Círculo Cultural Manriqueño y otros establecimientos de bebida, una

esquina de la casa-palacio y las oficinas de la Caja Rural Provincial. Esta plaza sirve de punto de llegada y salida del autobús que comunica con Sevilla y en ella se reúnen a pie los hombres a la caída de la tarde y primeras horas de la noche no sin dejar de hacer alguna que otra entrada a los bares que dan a la plaza. También los numerosos bares y tabernas distribuidos por todo el pueblo son lugares de encuentro y permanencia para los hombres y para la juventud, aunque la mayoría de los jóvenes pasean durante varias horas de las tardes del sábado y del domingo por la calle que da entrada al pueblo según se viene de Pilas, sin llegar a la plaza aunque sí avanzando cada vez más a lo largo de la carretera y alejándose del caserío. Tiene Villamanrique otras plazas, algunas con su antigua fuente donde se acudía a por agua para las casas, pero su tamaño e importancia son muy variables pues las hay que no son más que el ensanche irregular producido, por la confluencia de varias calles, mientras que la llamada todavía plaza del Convento es de una perfecta traza cuadrangular, muy espaciosa y ajardinada, y al mismo tiempo tranquila y solitaria salvo a la hora en que entran o salen los niños de la guardería construida recientemente en el solar de lo que fue convento de franciscanos.

Las casas de Villamanrique son de una o dos plantas, abundando estas últimas en las zonas más céntricas del pueblo, cuyos habitantes pertenecen también a las capas socioeconómicas superiores². Un caso frecuente de vivienda de dos plantas es aquella cuya parte alta la constituye un «soberao» o desván con suelo de madera,

2. Para la vivienda en la comarca del Aljarafe ver la obra de Salvador Rodríguez: *Etnografía de la vivienda. El Aljarafe de Sevilla*, Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, vol. 11, Sevilla, 1973. La vivienda de Villamanrique, en todas sus modalidades, se encuentra representada en este estudio.

poca altura y a acceso por escalera generalmente de madera también. La cubierta tradicional es de tejas curvas y a dos aguas, una hacia la calle y otra hacia la espalda de la vivienda que se prolonga en un patio o corral o en ambas cosas. Los muros de estas construcciones son enormemente gruesos y encalados por fuera y por dentro. Cuando se contempla el pueblo desde una distancia o desde la altura de la torre parroquial, resulta de un hermoso contraste el color oscuro, terroso, de las tejas y el blanco impecable de las fachadas. Una puerta da acceso al zaguán o «portal», que puede estar separado del resto de las habitaciones por una cancela de hierro. Las casas tienden a ser hondas, profundas, hasta terminar en el patio o corral donde habitualmente estaba el pozo para sacar agua para el lavado y limpieza, mientras que el agua potable se conseguía de la fuente pública más próxima. En estos patios y corrales interiores se levantaba una habitación más simple que servía hasta no hace mucho como cuadra y como lugar donde guardar aperos de labranza, leña, carbón y otras cosas relacionadas con la vida rural. Este fondo de la vivienda puede dar a otra calle o a otros patios y corrales separados entre sí por tapias que permiten la visión o al menos la comunicación entre vecinos sin salir cada cual de su propia casa.

Los nuevos niveles de vida y los nuevos gustos de la población que parece huir, no sé por qué, de las formas más tradicionales y rurales, están produciendo importantes cambios en la vivienda. La mecanización del campo y del transporte, con la consiguiente desaparición de las bestias de tiro y de carga, están dejando sin función los antiguos corrales y sus cuadras. En consecuencia, se observa en los últimos años una clara tendencia a la construcción de casas de dos plantas o a la elevación de una segunda planta sobre la original, en muchos casos mediante transformación del «soberao» en una planta

habitable. Otros cambios son la utilización del azulejo para recubrir las fachadas, con resultado de dudoso gusto en la mayoría de los casos; la apertura de balcones y el aumento en el uso del hierro en barandas y rejas; la ampliación del espacio habitable tras la construcción en parte o en la totalidad del patio o del corral de nuevas habitaciones; la inutilización o supresión del pozo al contar las viviendas con agua corriente; y la sustitución de la cubierta de tejas por la azotea falsa o real. Un fenómeno de mayor antigüedad, que da una estructura peculiar a muchas casas es la división de una sola vivienda en dos con apertura de una segunda puerta a la calle. Esta práctica rompe con la disposición simétrica original a base de un pasillo o galería central con habitaciones a izquierda y derecha, para producir una vivienda enormemente alargada y estrecha que es fundamentalmente una sucesión de habitaciones. Las causas de esta división han podido ser varias en el pasado; probablemente ha abundado el caso de partición de una misma casa entre dos herederos o la creación de una vivienda independiente para un miembro de la casa que formaba su propia familia.

Hasta hace unos cuantos años eran también abundantes en Villamanrique, especialmente en la zona del caserío que se conoce como «el barrio», las auténticas chozas de planta rectangular y cubierta de materiales vegetales. En años recientes se ha construido por iniciativa oficial un conjunto de viviendas alrededor de una plaza rectangular que lleva el nombre de Juan XXIII, que rompen totalmente con la tradición por su disposición, materiales y ubicación en las afueras del pueblo, en zona anteriormente de huerta y próxima a las antiguas chozas. No estaría mal que en estos proyectos, bien intencionados en cuanto a su fin social, se tuvieran en cuenta las características de la arquitectura popular y no vinieran a romper con el paisaje urbano que es producto de muchas generaciones que

han sabido dar a los pueblos una fisonomía y una personalidad que no es necesariamente incompatible con la comodidad y calidad de la moderna construcción.

Todo el pueblo de Villamanrique dispone de servicio eléctrico tanto en las calles como en las viviendas; lo mismo ocurre con el agua. El alcantarillado se extiende al noventa y cinco por ciento de la localidad y hay servicio municipal de recogida de basuras, aunque el vehículo sea un tractor con remolque como los utilizados en el campo. La Caja de Ahorros San Fernando de Sevilla y la Caja Rural Provincial tienen oficinas en Villamanrique. Una escuela con catorce unidades funciona a la entrada del pueblo en edificio inaugurado en los años sesenta. Hasta 1973 residían dos médicos en el pueblo, pero al trasladarse uno y fallecer otro, el pueblo cuenta sólo con los servicios de un médico; también con un practicante y una farmacia. El comercio interno se realiza a través de unas quince tiendas de comestibles y varios puestos de carne, verdura y pescado que funcionan en el mercado municipal, inaugurado en 1962; hay también varias tiendas de quincalla, tejidos, productos de droguería, electrodomésticos, bicicletas y algunos repuestos. Aparte del casino o círculo, que incluye un bar para sus socios, hay algunos bares y cerca de veinte tabernas.

Como se ha dicho, Villamanrique está a menos de cuarenta kilómetros de la capital y el viaje se hace en cuarenta y cinco minutos a través de cuatro pueblos y algunos sectores de curvas que obligan a reducir bastante la velocidad. Pero nuestro pueblo está en un fondo de saco, en un final de trayecto más allá del cual se abre la marisma; a Villamanrique se va o se viene, pero *no se pasa* por Villamanrique, salvo los peregrinos del Rocío que van en carretas o a caballo y prefieren cortar distancia por los caminos de tierra que llevan desde Villamanrique a la aldea de la Virgen. El aislamiento del pueblo y la ausencia de

forasteros o gente de paso contrastan con su corta distancia a Sevilla y con el aceptable estado de su carretera. Esta situación permite, por otra parte, un fácil control de la población y de lo que en ella ocurre por parte de los vecinos que tienden a una más estrecha comunicación y a un contacto más frecuente de lo que sería el caso de otras comunidades con una población similar en número.

Una empresa de autobuses que cubre un gran número de pueblos de Sevilla y Huelva, mantiene varios servicios diarios entre Villamanrique y la capital. La población de Pilas tiene un servicio mucho más frecuente con Sevilla y algunos manriqueños lo utilizan cubriendo la distancia entre Pilas y Villamanrique mediante autostop. Cuatro vehículos tipo furgoneta, clasificados en el Ayuntamiento como «taxis», hacen también un servicio diario con Sevilla y prestan servicios extraordinarios o urgentes en caso de enfermedad o accidentes, supliendo así la ambulancia a la que desde hace años aspira el pueblo. En los días laborables hay un servicio con horario especial del autobús de línea para llevar y traer a los trabajadores, en su mayoría albañiles, que trabajan en Sevilla. Los sábados por la tarde en dirección a Villamanrique, y los lunes por la mañana en dirección a la capital, aumentan los viajeros notablemente y entre ellos abundan muchachas de servicio y también estudiantes que pasan el domingo en su pueblo. Villamanrique cuenta con más de ciento cincuenta turismos, casi veinte camiones, un número similar de furgonetas y motocarros, unas trescientas motocicletas y casi doscientas bicicletas, además de varias decenas de tractores. Estos vehículos tan diversos permiten a un buen número de vecinos comunicarse con otras localidades sin tener que depender del autobús de línea ni de los coches de alquiler; sin embargo, solamente los turismos se utilizan para ir a Sevilla; las motocicletas, en su mayoría ligeras, se usan casi exclusivamente para ir a las parcelas, con



Edificio del Ayuntamiento. A su derecha, el mercado de abastos. El sol de Andalucía y la blancura de la cal crean una luz deslumbrante que borra formas y perfiles.



Casa-cuartel de la Guardia Civil. Las mismas «almenas» que coronan el Ayuntamiento dan el toque de oficialidad a dos edificios que se destacan siempre en todos los pueblos.



La calle Pilas, que da entrada al pueblo según se viene de Sevilla. Arquitectura modesta y tradicional que empieza a perderse.



Viviendas de la Barriada Juan XXIII, construidas hace unos años en zona que fue de chozas y huertas. Una nueva fisonomía para una nueva época.

lo que han sustituido ya en gran parte al mulo y al burro aunque conservando prácticamente los antiguos serones de esparto que antes iban sobre los lomos del animal y ahora van detrás del sillín. Los camiones, motocarros y tractores se dedican al transporte de productos agrícolas, materiales de construcción y, a veces, llevan y traen del tajo a una cuadrilla de trabajadores.

Villamanrique tiene casi cien teléfonos que funcionan por medio de una centralita manual que se limita a conectar con la central de Pilas. No obstante, esta situación va a cambiar rápidamente pues en los últimos meses de 1977 se están haciendo las instalaciones y contratos necesarios para establecer el servicio telefónico automático. Por supuesto que la radio y la televisión, con sus dos cadenas, son también un poderoso medio de comunicación con el exterior desde donde llega toda clase de noticias, aunque el interés por lo que ocurre fuera se limita a muy pocos temas o afecta a muy pocas personas que viven interesadas o preocupadas por problemas muy reducidos y en relación directa con su vida. A este propósito es significativo el escaso consumo de prensa diaria ya que solo se venden en el pueblo cada día unos treinta ejemplares del diario «ABC» y unos veinte de «El Correo de Andalucía».

Si antes hablamos de producción agrícola y ganadera y de tamaño y distribución de tierras, veamos ahora la situación desde el punto de vista humano. La mayor parte, casi la totalidad, de los hombres de Villamanrique viven del campo aunque bajo una diversidad de situaciones que pueden resumirse en la siguiente forma: en calidad de propietarios que emplean a un número variable pero generalmente reducido de jornaleros, muy pocos de los cuales son obreros fijos; pequeños propietarios que trabajan su tierra con ayuda de los hijos y, ocasionalmente, algunos asalariados; simples jornaleros que dependen del ciclo agrícola y de la meteorología, dos factores que crean períodos de

fuerte demanda de mano de obra y otros períodos, más largos, de escasez de trabajo y hasta de paro absoluto.

Esta precaria y azarosa economía se complementa con otras actividades que, por lo que se refiere al pueblo y sin entrar todavía en el tema de la emigración, pueden ser: el cuidado de una pequeña huerta y de un corral que suministran parte del alimento de la familia; la recolección de productos silvestres como espárragos verdes, un tipo de hongo que llaman criadillas, caracoles, higos chumbos... o la elaboración de carbón y cisco para los braseros que todavía gozan de preferencia en muchas casas como sistema de calefacción. La mujer casada concentra su tiempo y sus esfuerzos en el hogar donde ocupa una posición predominante en la administración de los ingresos que el marido y los hijos aportan, en la toma de decisiones y hasta en la autoridad, el afecto y en las relaciones que se establecen fuera de la familia nuclear. La diferenciación social dentro del pueblo es muy escasa con solo unas cuantas excepciones de familias que se clasifican como «ricas» y una excepción aún más notable como es la familia real que tiene en Villamanrique su residencia oficial y de hecho. Esta situación social ofrece muy pocas posibilidades a las mujeres jóvenes y solteras para el servicio doméstico, que ha sido ocupación tradicional de Villamanrique pero ejercida antes y ahora en Sevilla. Hay varios grupos de muchachas que bordan mantones de Manila bajo la dirección de maestras que tienen vendida la producción en Sevilla, donde son muy estimados. En ciertas fechas y para determinadas recolecciones, algunas mujeres encuentran también trabajo en el campo dentro del término.

Villamanrique ha debido ser en el pasado y dentro de un nivel de economía de subsistencia, una comunidad bastante autónoma. Su propia situación marginal o de final de trayecto en los caminos de la región habrán sido, al mismo tiempo, causa y efecto de su aislamiento

y de su necesidad de abastecerse a sí misma. Esta situación ha coexistido con el hecho de que la villa ha estado vinculada desde sus orígenes a la más alta nobleza, de tal modo que mientras su población ha sido y sigue siendo eminentemente campesina y rural, la presencia y hasta residencia de personajes de la alta aristocracia y de la realeza son algo habitual en la experiencia de los vecinos de Villamanrique.

Una primera consecuencia del aislamiento secular del pueblo —solamente roto en parte en los últimos tiempos con la existencia de una carretera asfaltada y el desarrollo de los transportes— ha sido el alto grado de endogamia que todavía hoy caracteriza a los matrimonios de la comunidad. En otras palabras, el pueblo ha tenido que autoabastecerse en este importante capítulo con resultados a veces negativos para la descendencia. Hoy día, los jóvenes cuentan con medios para desplazarse a los pueblos cercanos —especialmente Pilas— y un número de muchachos tienen su novia en esta última localidad o en otras también próximas, pero el número de matrimonios con gente de fuera sigue siendo muy bajo. El caso de muchachos de otros pueblos que tienen relaciones con muchachas de Villamanrique es menos frecuente, por lo que se puede decir que se mantiene todavía la tradicional endogamia a pesar de la mejor y más intensa comunicación que ahora existe con el exterior.

En necesidades que requieren especialización o medios costosos que ni la economía ni la demografía del pueblo pueden sostener —como es el caso de tantos cientos de pueblos españoles—, la dependencia de fuera es clara y lógica. Así, toda asistencia médica especializada o que requiera hospitalización, análisis, etc., se realiza en Sevilla, pues no existen ni unidades comarcales. Lo mismo puede decirse de cualquier trámite en relación con las delegaciones provinciales de la Administración, las

mutualidades, compañías de seguros, etc., que son las ocasiones más frecuentes de desplazamiento a la capital.

La limitación de la enseñanza a los niveles máximos de las escuelas nacionales obliga a los jóvenes a depender de un reciente Instituto en Pilas o de Sevilla para continuar sus estudios. Tanto los que van al Instituto de Pilas como los que acuden al seminario menor de esta localidad, que hoy es un centro abierto, aprovechan para ir y venir cualquier oportunidad como el autobús de línea a Sevilla o el autostop. Algunas familias del pueblo tienen a los hijos en colegios de Sevilla o en la Universidad, pero en tales casos el problema se viene resolviendo con un doble domicilio —en el pueblo y en la capital— y una doble vinculación que con el tiempo terminará en el asentamiento definitivo en la ciudad; algunos de estos casos son ya una realidad, pero la conexión sentimental, familiar y económica con el pueblo no se rompe fácilmente.

Hasta aquí las relaciones y dependencias de Villamanrique con el mundo exterior son, insisto, las mismas que en términos generales encontramos en tantos y tantos pueblos de España. Voy a considerar ahora otras formas más peculiares de dependencia que se encuadran en el contexto socioeconómico que he bosquejado anteriormente. En esta relación de dependencia consideraré también el fenómeno de la emigración.

Un pueblo agrícola como Villamanrique, con un nivel medio de vida muy modesto, parece que podría ser autosuficiente al menos en aquellos capítulos de su economía que pertenecen al sector agrario. Sin embargo, tiene que llegar a su mercado desde fuera la fruta, con excepción de las naranjas y otras como un tipo de pera, melones y sandías que sólo cubren una corta temporada. La huerta de Villamanrique también es muy limitada y tardía, por lo que la mayor parte del año depende de otros términos y de un centro de comercialización que

hay en Pilas. La producción de carne se limita al cerdo y la ternera (de escaso consumo local) y los propietarios de bares y tabernas que sirven carne con las bebidas tienen que adquirirla también en Pilas o en Sevilla. Por supuesto que el resto de los alimentos y las bebidas envasadas, los muebles, electrodomésticos, etc., tienen que venir de fuera mediante diversas fórmulas: tiendas en Villamanrique, alguna de ellas surgida como una extensión de negocios ya existentes en Pilas; establecimientos en Sevilla donde se presentan los manriqueños con tarjeta o recomendación de algún comerciante del pueblo; y grandes y muy localizados almacenes de la capital a los que la gente del pueblo acostumbra a acudir.

También para la comercialización de su principal cosecha que es la aceituna, el pueblo depende de Pilas donde funciona una cooperativa que produce aceite y envasa aceituna de mesa. El mayor número de cooperativistas corresponde a Pilas, seguido de la totalidad de los olivareños de Villamanrique que han logrado así la eliminación de unos intermediarios que imponían precios y condiciones menos ventajosos.

A pesar de lo expuesto, la mayor dependencia de Villamanrique para su subsistencia está en algo tan primario como el trabajo y los correspondientes ingresos. Llegamos de esta forma a lo que ha sido el aspecto más significativo de la economía de este pueblo que ofrece una gama de posibilidades que rebasan el término estricto de «emigración». Como todas estas posibilidades, incluidas las formas más típicas de emigración, obedecen en esencia a unos mismos condicionamientos socioeconómicos y culturales, voy a considerar el problema en los siguientes términos: *obtención de unos ingresos por trabajos realizados fuera de los límites del término municipal*. Según este criterio, se puede establecer la siguiente tipología que se ha dado claramente en la década de los años sesenta y

que ha empezado a alterarse en los últimos años al disminuir la emigración por períodos más o menos largos al extranjero, así como otros trabajos fuera del pueblo tales como el de las cooperativas aceituneras que se han mecanizado progresivamente.

1. Trabajo agrícola en tierras que no son del término de Villamanrique pero que en muchos casos están más próximas a este pueblo que al pueblo a que pertenecen. Este caso es una consecuencia muy clara de la pequeñez del término municipal (5.744 hectáreas) y la extensión de dos términos limítrofes que son, aproximadamente, seis y nueve veces mayores que el término de Villamanrique. Para el jornalero de Villamanrique no hay prácticamente diferencia entre trabajar tierra de su propio término o de un término vecino tan próximo a su residencia, pero a nivel de economía de la comunidad es grave que buen número de los propietarios que emplean mano de obra manriqueña no pertenezcan al pueblo, no vivan en él ni mantengan relación social o económica que no sea la mera contratación de unos trabajadores eventuales.

2. Trabajo agrícola de temporada en términos de la provincia, pero algo más alejados del pueblo. El caso más importante es el cultivo del arroz en Puebla del Río a donde los hombres de Villamanrique han ido desde la introducción de este cultivo dando lugar a la primera forma de emigración de temporada aunque con un radio de distancia mínimo.

3. Trabajo agrícola en la región catalana y sur de Francia. Esta posibilidad constituye ya un caso claro y típico de emigración que adopta diversas modalidades: a) Trabajo durante todo el año con vacaciones en el pueblo; b) Trabajo de temporada en distintas fechas del año con casos en que un mismo individuo realiza dos viajes de ida y vuelta dentro de un mismo año en relación con tareas intensivas como la siembra y la recolección; c) Trabajo de

este último tipo en el que se contrata a toda una familia (matrimonio e hijos) que viajan y trabajan juntos.

4. Trabajo no agrícola mediante contratos de duración no inferior a un año en áreas industriales y mineras de Francia, Alemania, Bélgica y Holanda.

5. Trabajo no agrícola (sector de la construcción) en la región catalana o en Sevilla. En este último caso se reside en el pueblo y se hace el viaje diario a la capital en un autobús llamado «de los trabajadores»; sería una variación del tipo 1, sin más diferencia que el cambio de un peonaje agrícola a un peonaje urbano, en ambos casos en calidad de eventuales.

6. Trabajo en almacenes para envasado de aceitunas. Esta posibilidad, desaparecida muy recientemente, era exclusivamente femenina y tampoco exigía la residencia fuera del pueblo, aunque a cambio de un gran sacrificio. Sus protagonistas eran muchachas solteras, muchas de ellas casi niñas, que acudían a Pilas, Bollullos o Sanlúcar la Mayor. Autobuses del pueblo y algunas de las furgonetas clasificadas como «taxis» llevaban y traían a estas muchachas por una cantidad total que se repartía entre el número de viajeras. La distancia a los almacenes, la forma de pago del transporte y la existencia de dos turnos imponían unas condiciones durísimas de viaje y trabajo: salir entre 5 y 6 de la mañana, viajar hacinadas en los vehículos y regresar en la misma forma después de una larguísima jornada de faena a destajo que permitía en los pocos meses de ocupación un salario máximo de unas 10.000 pesetas mensuales. Otra modalidad de trabajo femenino fuera del pueblo es el tradicional servicio doméstico en Sevilla, que se ha incrementado al faltar trabajo en las cooperativas aceituneras.

7. Un último tipo de emigración lo constituirían aquellos manriqueños que en número muy escaso pero en forma persistente, abandonan el pueblo definitivamente

—en contraste con todos los tipos anteriores—, tras haber conseguido un empleo fijo en el sector privado o en la administración oficial. Aquí se encuadran los hombres jóvenes de un nivel de instrucción superior a la masa, que logran ingresar en la Guardia Civil, Policía Armada, Policía Municipal de Sevilla, Correos y Compañía Telefónica. Estos hombres se casan en el momento de conseguir su puesto o poco después, se llevan a la novia del pueblo y crean una familia generalmente itinerante por razón de traslados, aunque sin dejar de visitar al pueblo en las vacaciones. Un grupo especial de trabajadores fijos que han abandonado también el pueblo lo constituye la veintena o más que trabajan en una fábrica de plásticos en otra población de la provincia de Sevilla; la explicación de este caso está en que una de las personas responsables de la fábrica es hijo de Villamanrique y ha procurado dar empleo a sus paisanos.

La emigración al extranjero comenzó en Villamanrique hace algo más de 20 años y supuso una dura prueba para los que daban el salto desde un pueblo encerrado en sí mismo secularmente, hasta otros países de lengua y sistema de vida totalmente diferentes. Las familias sufrieron también gran ansiedad en las primeras salidas temiendo que a sus «hombres» les ocurriera lo peor. Esta ansiedad llegaba al máximo cuando se habían recibido las primeras cartas de algunos convecinos y no del marido o del hijo. Con los años se convirtió la marcha al extranjero en algo rutinario y los mismos emigrantes servían de enlace con sus patrones para incorporar nuevas gentes y establecer el contrato para el año siguiente. La edad límite de 45 años que funciona en la práctica y el cansancio de los que habían participado en la aventura durante varios años, dejaban hueco para nuevas promociones. Actualmente, la corriente ha remitido pues parece que no encuentran

tan rentable la emigración como en los años comparativamente más duros que llegan hasta el final de la década de los 60.

Como trabajadores fijos en la industria e instalados con esposas e hijos —aunque pensando volver a España un día que tal vez no llegue nunca— hay algunos manriqueños en Francia, Holanda y Alemania. El resto de la emigración es temporal y agrícola y pertenece a los tipo ya enunciados. Su número es modesto, como lo es también la cifra en pesetas que supone para estos hombres su participación en una campaña como la vendimia en el sur de Francia: de 30 a 40 días de ausencia y un ahorro de 25.000 a 35.000 pesetas.

Como parte de la pequeña y triste historia de la emigración en Villamanrique, merecen destacarse dos situaciones que revelan hasta qué punto estos hombres se encuentran en un círculo de dependencia imposible o muy difícil de romper:

Primer caso: Los manriqueños encontraron en la campiña de Nimes un patrón que los contrataba todos los años para la vendimia. Este contacto con hombres de Villamanrique llevó al francés hasta el pueblo donde se interesó por adquirir tierras. Aprovechando la propiedad atomizada de Villamanrique, que cuenta con decenas de propietarios que no obtienen ningún beneficio neto de sus pequeñas parcelas, pudo comprar tierras contiguas hasta reunir 23 hectáreas que puso en regadío y en las que plantó 7.000 naranjos que ya están dando fruto. Uno de los hombres de Villamanrique que él había contratado en Francia durante varios años, cuida estas tierras por un jornal fijo, y otros dos hombres le ayudan durante los meses que exigen riego. Quien era patrón en Francia lo es ahora en el propio pueblo y la situación tampoco ha cambiado para los jornaleros, aunque ahora tienen la ventaja



El aire rural, rústico, de los pueblos andaluces se respira y se vive en cualquier calle o plaza de Villamanrique.



Hay casas que están entre el «pueblo» y el «campo». Son casas al final de calles que de pronto se convierten en caminos y veredas. Los niños juegan a la «pelota» sobre la tierra y, por una vez, el anuncio no habla de ninguna «cola» refrescante.

de no tener que ir a Francia pues es el francés quien viene a ver sus tierras en el otro *sur* que es Andalucía.

Segundo caso: Un importante propietario no residente en Villamanrique vendió hace unos años parte de su finca, perteneciente a los términos de Aznalcázar y Villamanrique, y se reservó el coto de caza. El comprador fue una empresa agrícola de Lérida, por lo que ahora la finca la llaman en el pueblo «de los catalanes». La introducción del riego y la mecanización han creado unos 25 puestos de trabajo permanente, cifra que se ha restado a la emigración. Pero como todavía hay falta de trabajo en el pueblo, esta empresa catalana ya radicada en Villamanrique, se lleva todos los años a unas cuantas familias para la vendimia en sus explotaciones de Lérida. Una vez más, los hombres de Villamanrique cambian de patrón pero permanecen en su condición de jornaleros y hasta de emigrantes.

¿Qué hacen todos estos manriqueños con los ingresos conseguidos fuera de su término municipal? No mucho, realmente. Los que van a diario a Sevilla están sujetos a los riesgos del trabajo eventual en la construcción. A su jornada laboral deben añadir dos horas de viaje y restar el importe del billete especial para trabajadores. Las jóvenes que hasta ahora trabajaban en los almacenes de aceitunas estaban limitadas en su contratación por el ciclo agrícola y tenían un régimen de trabajo durísimo, aunque su aportación a la economía familiar era muy importante en términos relativos.

Los verdaderos emigrantes trabajan también en condiciones muy duras y logran unos ahorros que por su modestia y discontinuidad no dan más que para alguna de estas posibilidades: adquisición de una pequeña parcela que nada resuelve; construcción de una nueva casa en el

pueblo o mejoras y ampliaciones en la existente; adquisición del ajuar necesario para casarse; cubrir los meses de paro en el pueblo; vivir un período de ocio absoluto que a veces las cartas y la bebida reducen a un mes o dos.

En el mejor de los casos —y salvo los residentes con sus familias en el extranjero—, los emigrantes no buscan, y por supuesto no encuentran, más que un alivio a su situación y en la medida en que el trabajo en el pueblo o en la provincia cubra este objetivo tan limitado, la emigración disminuirá hasta desaparecer.

A la vista de esta situación general y de su evolución, podrían establecerse las siguientes conclusiones:

1. La población de Villamanrique ha emigrado en los últimos veinte años —rompiendo a su pesar su tradicional aislamiento— por la simple y primaria razón de no encontrar trabajo en su propio pueblo. No han actuado aquí otras motivaciones como la característica atracción de la ciudad, ya que el manriqueño se siente fuertemente vinculado a su pueblo y en esta vinculación parece jugar un papel importante la estructura familiar con el fuerte e importante papel representado por la madre. Todo emigrante piensa volver al pueblo y todo residente en otro lugar utiliza sus vacaciones para reanudar el contacto con su comunidad.

2. La emigración no ha transformado en forma sustancial la estructura socioeconómica del pueblo ni su orientación general. Las mejoras observables (aumento de vehículos, relativa abundancia de electrodomésticos, etc.) se explican más como parte del desarrollo general del país en los últimos años y no tanto como consecuencia directa de la emigración.

3. La emigración no ha producido la desintegración familiar frecuente en la emigración española. Ha debido contribuir a ello el que la emigración se redujera a dos grandes tipos: a) Traslado de toda la familia en los casos

de ausencia indefinida; b) Emigración de temporada (generalmente muy corta) y en *grupos* que seguían ejerciendo sobre cada individuo el mismo control social que opera en el pueblo.

4. Por último, hay que subrayar la siguiente consideración que parece útil para interpretar más plenamente la emigración en Villamanrique y para encuadrar este caso concreto y limitado en una teoría general de este fenómeno: Entre las diversas motivaciones que arrancan al individuo de su propia tierra y lo empujan a la emigración, la más elemental y primaria es la búsqueda de un medio de vida que no encuentra en su comunidad. Este es el caso de Villamanrique, pero aún en esta categoría, aparentemente tan simple, se dan matices y condicionamientos que sólo se explican en relación con otros factores y dentro de un contexto general. Dicho contexto se define en este caso por una falta de comunicación con el exterior durante siglos que ha creado una fuerte orientación hacia el pequeño mundo propio; la salida en los últimos años a Cataluña, Francia o Alemania *no* supone un rompimiento del aislamiento sino una interrupción temporal del contacto con la comunidad. Por otra parte, los factores económicos internos son muy importantes, especialmente el hecho de que casi todo el mundo posea al menos un pedazo de tierra y de que esté fuertemente enraizada una economía de subsistencia que hace a la población muy poco exigente.

Se puede afirmar, por tanto, que dentro de una economía prácticamente de subsistencia en la que el salario se ve complementado por los productos de la propia parcela y hasta por una actividad recolectora, la emigración no es más que otra forma complementaria de la economía total que permite *subsistir*, y esta posibilidad parece suficiente para la mayoría.

En consecuencia, resulta muy importante el conocer los índices económicos y los niveles *subjetivos* de necesidad y pobreza cuando se trata de explicar el fenómeno migratorio por razones económicas. En este sentido, parece que no sirven los índices provinciales o nacionales de renta per cápita, posesión y consumo, etc., si no se tienen en cuenta las valoraciones subjetivas que la comunidad local tiene establecidas, así como la propia escala de presiones y gratificaciones que fomentan o debilitan la decisión de emigrar.

De ser cierta esta interpretación, la nueva situación que es de esperar en Villamanrique con motivo del Plan del IRYDA (si llega a realizarse), ofrecerá al pueblo trabajo abundante que eliminará la ya decreciente emigración, pero hay muchas posibilidades de que no se produzca una verdadera transformación de la estructura socioeconómica, al menos de manera inmediata, pues las futuras explotaciones requieren un cierto capital a invertir y un espíritu empresarial de los que carece la masa de esta población que parece condenada y resignada a trabajar para otros. Podría decirse que para salir de la pobreza y del subdesarrollo es requisito indispensable, aunque *no* suficiente, tener conciencia de esta pobreza y voluntad de superarla. Pero es sorprendente comprobar hasta qué grado puede variar dentro de una misma nación el concepto de pobreza y los límites que cada grupo puede aceptar como tolerables antes de tomar la difícil y dura decisión de romper total y definitivamente con la estructura en la que se ha nacido.

* * *

La vida, los problemas, las motivaciones y los valores de una comunidad no se agotan ni se explican totalmente desde un plano puramente económico, aunque lo económico sea un fuerte condicionante del conjunto. Por ello

conviene añadir a las apreciaciones y datos económicos que se han ofrecido en las páginas anteriores, una breve referencia a otros niveles que también forman parte consustancial de la cultura de una comunidad como Villamanrique y que, incluso, pueden estar en contradicción con el cuadro económico que se acaba de dibujar. En este sentido nada hay más importante y significativo en Villamanrique que el culto a la Virgen a través de una manifestación que es común a las capitales de Sevilla y Huelva y a un buen número de pueblos y ciudades de ambas provincias y hasta de otras más lejanas. Se trata, por supuesto, de la romería del Rocío que se celebra cada año coincidiendo con la fiesta de Pentecostés o del Espíritu Santo. Es una fiesta movable que cae en algún domingo de finales de mayo o principios de junio.

La celebración consiste en la romería o visita al santuario donde se venera una imagen de la Virgen «aparecida» siglos atrás en la aldea de El Rocío, a unos quince kilómetros de Almonte, provincia de Huelva. En Almonte tiene su sede la hermandad matriz y en numerosos pueblos y ciudades de la región existen hermandades filiales que poseen un «simpecado» o estandarte con la reproducción de la Virgen del Rocío. Estas hermandades se ponen en marcha llevando su simpecado en una carreta de plata tirada por bueyes o mulas; los hermanos y hermanas de la cofradía, con sus correspondientes insignias, forman parte del cortejo como romeros o peregrinos. Todo esto se traduce en una caravana de carretas, carros y caballos y de algunas personas que van a pie en cumplimiento de una promesa. La salida hacia el Rocío depende de la distancia ya que el propósito común es llegar a la aldea en la tarde del sábado, lo que significa para las hermandades más lejanas salir en la mañana del miércoles o del jueves. El día cumbre de esta peregrinación es el lunes, cuando en su mañana llevan los almonteños a la Virgen en unas



Ya están las carretas en el pueblo y empiezan a tomar la curva que las llevará ante la puerta de la iglesia parroquial.

andas o parihuelas por toda la aldea. Terminada esta procesión, se emprende el regreso al lugar de origen. Aparte de las personas que van constituidas en hermandad, acuden otras muchas miles en los más diversos vehículos aprovechando la construcción en los últimos años de una buena carretera que tras dejar a un lado la aldea de la Virgen sigue por otros quince kilómetros hasta la playa. Esta facilidad de acceso y la proliferación de automóviles ha transformado la imagen tradicional del Rocío en un espectáculo que aun conservando muchos de sus aspectos internos y externos de siempre, es ya otra cosa pues el domingo asisten como visitantes por un día (en muchos casos como espectadores curiosos más que como verdaderos participantes) varios cientos de miles de personas.

Pues bien, esta impresionante manifestación que puede calificarse de religiosa, de popular, de folklórica, de profana y de otras muchas cosas más —y todas serían ciertas, pero al mismo tiempo incompletas— tiene en Villamanrique una profundísima raíz no sólo en el tiempo sino en el corazón y en los sentimientos de sus gentes. Para las hermandades que vienen de Sevilla y del Aljarafe, Villamanrique es paso casi obligado o, en cualquier caso, el camino más acorde con el ambiente y el espíritu de esta celebración que se vive día a día. El paso de las hermandades por Villamanrique y todo el protocolo de saludarse a la puerta de la iglesia la hermandad que pasa y la hermandad del pueblo, hace de ese día (y lo mismo al regreso) un día grande en que toda la población vibra y participa de la fiesta. En su momento, también la hermandad de Villamanrique se pone en marcha y tras hacer noche en la dehesa de Gato entra en la aldea del Rocío en primer lugar, ya que el orden de llegada está de acuerdo con la antigüedad. Según la tradición, fue un manriqueño quien encontró la imagen de la Virgen, pero como el lugar pertenece al término de Almonte, en este último

pueblo reside la hermandad matriz y son los hombres de Almonte los que mantienen el privilegio de transportarla el día de la procesión. Existe una rivalidad entre ambas comunidades que se refleja en las letras de muchas sevillanas que se cantan y bailan en el Rocío; estas letras vienen a expresar, también, la identificación del pueblo con la Virgen y el lugar predominante que ocupa en toda la religiosidad popular. He aquí algunos ejemplos de estas sevillanas:

*La encontró en La Rocina un manriqueño
y lucharon por ella los almonteños.
¡Ay, almonteños!, la señora divina no tiene dueño,
que se sienta en el trono del Padre Eterno.*

*En el Rocío hermoso nadie se pique
que se lleva la palma
Villamanrique.*

*Quédate con nosotros, ¡ay no te vayas!,
porque hasta el mar bravío llora en la playa.
De pena lloran los de Villamanrique,
cuando ven alejarse a su pastora.*

La romería del Rocío, con su multitud de facetas y su gran extensión geográfica, sus manifestaciones a lo largo de todo el año, su actividad corporativa a través de las hermandades, la intervención de las más diversas clases sociales y otros muchos factores, está clamando por un estudio profundo y completo que sólo se puede realizar desde las ciencias sociales para no desgajar ni ignorar los diversos componentes que hacen el todo. Pero sin contar con tal estudio, es fácil percibir y evaluar lo que significa en pueblos como Villamanrique y hasta qué punto, como señalaba más arriba, este fenómeno pone al descubierto una serie de contradicciones o, a lo mejor, de características. Contrastaría para más de un observador extraño, la

indiferencia religiosa de los hombres de Villamanrique, y en buena parte también de las mujeres, con la devoción, o como quiera llamársele, por la Virgen del Rocío, sobre la que se multiplican los títulos y piropos: Pastora, Reina de las marismas, Blanca Paloma... La iglesia de Villamanrique está a diario solitaria y en la misa de los domingos y otros días de precepto la ausencia de hombres es casi absoluta y la presencia de mujeres, niños y niñas no representa más que una pequeñísima parte de la población. Sólo un entierro o la Virgen del Rocío, en determinadas fechas, puede llenar la iglesia y las calles.

Es una religiosidad muy peculiar que tiene como foco a la Virgen, algo que es característico de tantos pueblos de la región y que sin duda tiene su relación con la posición de la mujer, de la madre, en la organización social y familiar de estas comunidades. Otros temas religiosos y otras celebraciones, como la del patrón del pueblo, San Roque, no tienen relieve alguno o han desaparecido por completo. La creciente secularización de la vida que se percibe en los últimos años y que va unida al desarrollo de una cultura y de unas orientaciones urbanas, no ha disminuido la fuerza social y el grado de participación del pueblo en las fiestas que tengan como protagonista a la Virgen del Rocío, sino todo lo contrario. El relativo mejoramiento del nivel de vida y, sobre todo, la mayor facilidad para la comunicación hacen posible que acudan al Rocío más manriqueños que nunca, pero no hay que olvidar que la romería tiene sus costos y que contra toda lógica económica, la gente abandona sus trabajos y hace gastos por encima a veces de sus posibilidades para participar en la celebración, como era el caso ya a principios de siglo de las muchachas de servicio que abandonaban las casas en que trabajaban en Sevilla para estar presentes en el pueblo los días de la romería. Por último, habría que tener en cuenta la mezcla de lo sagrado y lo profano

de esta manifestación y cómo varían las motivaciones de cada uno de los participantes que pueden ir desde las más profundas convicciones religiosas, que no están reñidas con la naturaleza festiva y alegre de la romería, hasta la más completa indiferencia del que participa porque es la costumbre y porque lo pasa bien, sin más.

En cualquier caso, y esto es lo que interesaba resaltar aquí, no se puede disociar ni se puede entender cabalmente una comunidad como Villamanrique, sin tener en cuenta este fenómeno que la población vive intensamente y que es todavía una auténtica manifestación del pueblo. Los días del Rocío son, además, días en los que Villamanrique cobra una especial significación ante los demás pueblos y ciudades, incluida la capital, y esto también es importante como explicación, en la misma medida que el hecho es importante para cada manriqueño que se siente orgulloso y feliz en esos días de lo que su pueblo significa dentro de este gran fenómeno socio-religioso.

* * *

Como final y resumen de este esbozo etnográfico que ha querido servir de introducción, puede decirse que Villamanrique es en conjunto un típico pueblo andaluz, en el sentido que lo típico tiene de representativo. Por su población no es de los más grandes ni de los más chicos; por su economía es exclusivamente agrícola y con una tierra ampliamente repartida con algún caso aislado de gran propiedad, que tampoco alcanza la extensión de otros pueblos andaluces debido a la reducida superficie de su término; por su nivel de vida y sus problemas, refleja esa imagen tan frecuente en Andalucía del paro estacionario y de la necesidad de buscar trabajo fuera del pueblo mediante una emigración de temporada o no definitiva, en su mayor parte. Bastantes de los valores culturales y de las formas de comportamiento tradicionales han hecho

crisis en los últimos años, como ha ocurrido en la generalidad del país, pero todavía la orientación fundamental de la población es eminentemente rural a pesar de la facilidad de comunicación con la gran ciudad y del impacto del mundo exterior a través de medios como la radio y la televisión. En los últimos años han mejorado las condiciones materiales de vida y los servicios públicos, pero todavía se observa y se respira un ambiente fuertemente campesino y rústico que se hace patente en las viviendas y su ajuar, en las ropas de trabajo, en la observación del luto por las mujeres de más edad, en el uso de carros y caballerías que se cruzan por las calles con motos y automóviles. Más significativo que todo esto son las relaciones sociales que se mantienen, la importancia de la familia, la precaria economía, el ritmo lento de vida y la falta de tantos factores negativos y característicos de la ciudad como son la contaminación, la masificación o la delincuencia. Villamanrique es todavía una comunidad donde todo el mundo se conoce, porque todo el mundo se identifica por un apodo o por referencia a un pariente vivo o desaparecido, de tal manera que es posible situar de inmediato a cualquiera dentro de un grupo o línea familiar. Es todavía una comunidad donde la convivencia es posible y no se vive bajo la tensión y hasta el temor que se va apoderando de nuestras ciudades, aunque se vivan otros temores y preocupaciones de orden económico. Villamanrique es todavía, para bien y para mal, un pueblo andaluz.

Capítulo I.

Infancia y juventud (1903-1926)

Al presentar al lector a Antonio Béjar Martínez ya dije que es un hombre muy cuidadoso y ordenado. Así debió ser desde niño pues de su infanda guarda no sólo muchos recuerdos, sino que conserva en perfectas condiciones algo que los niños pierden o rompen antes de acabar cada curso, como son los libros de texto usados en la escuela. Estos libritos de Antonio son un tesoro de datos y pequeños detalles que nos transportan a aquellos tiempos y reviven para nosotros sus experiencias más tempranas y sus primeros conocimientos del mundo que existía más allá de los límites de su pueblo. Uno de estos libritos nos va a situar en la España en que nació y vivió Antonio su infancia y juventud; se llama *Nociones de Historia de España*, de la editorial Saturnino Calleja de Madrid. La edición es la número 65 y fue publicada en 1914.

Reinaba en España Alfonso XIII cuyo retrato aparece a toda página al principio del libro. Podría hablarse por aquellos años del «joven rey» ya que el último Alfonso había nacido en 1886 y había sido proclamado rey en 1902, tres años antes de nacer Antonio. La última ilustración que figura en el librito es un retrato de don Alfonso de Barbón, hijo mayor de Alfonso XIII, cuyo año de nacimiento recuerda Antonio porque según me comentaba al hablar del heredero: «yo le pasaba dos años al Príncipe de Asturias». Esta *Historia de España* está redactada

en forma de preguntas y respuestas y por ellas se enteró Antonio que los sucesos más importantes ocurridos en nuestra patria durante la regencia de doña María Cristina, madre de Alfonso XIII, habían sido la guerra con la República de los Estados Unidos de América y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

El librito nos introduce a continuación en el siglo xx, en los tiempos de Antonio: «Después de la pérdida de esas posesiones, ¿qué sucesos importantes han ocurrido en España?». La respuesta es la siguiente: «El rey Alfonso XIII juró ante las Cortes guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes el 17 de Mayo de 1902. Ese mismo día terminó la regencia de su virtuosa madre doña María Cristina de Habsburgo». «¿Qué sucesos han ocurrido en España durante el reinado de Alfonso XIII?». «Su matrimonio con D.^a Victoria de Battenberg; la intervención armada de España en África en 1909; el movimiento revolucionario de Cataluña, que se manifestó por incendios de iglesias y conventos en Barcelona en julio de 1909, y la guerra con los rifeños en 1912». La penúltima pregunta se refiere al convenio firmado con Francia en 1912 sobre Marruecos y a la entrada de las tropas españolas en Tetuán el 19 de febrero de 1913. Y el librito termina: «¿Qué concepto nos merece como rey D. Alfonso XIII?». «D. Alfonso XIII lleva con admirable soltura la enorme carga de sus deberes; en su persona brillan virtudes que pueden servir de modelo al más perfecto caballero; es un patriota enamorado de su pueblo; su valor personal, verdaderamente heroico, rayano muchas veces en la temeridad, le ha llevado a exponer su vida infinidad de veces por servir a España. En ocasión solemne dijo estas palabras: *He jurado defender a mi Patria, y, cueste lo que cueste, la defenderé hasta derramar la última gota de mi sangre*».

Cuando se imprimió esta *Historia de España* le quedaban todavía a Alfonso XIII diecisiete años de reinado

y Antonio tenía solamente nueve años, aunque este texto le sirvió hasta que abandonó la escuela en 1918. Las cosas que a partir de entonces ocurrieron en España y en el mundo ya no las aprendió Antonio en los libros de texto sino que las vivió o conoció por los periódicos, después la radio y por último la televisión. Sin que Antonio pudiera imaginarlo desde el rincón de su pueblo, le había tocado nacer y vivir en un siglo lleno de problemas o, por lo menos, en un siglo que sería mucho más consciente y más crítico de los problemas. Otro texto de historia de España, muy manejado hoy por los estudiantes universitarios, usa como título «La España de los problemas» al hacer la introducción al siglo xx. «Se habla de problemas por todas partes, como si España se hubiera hecho de pronto eminentemente problemática. Y así se plantea un problema político, un problema social, un problema regionalista, un problema de Marruecos, un problema militar, un problema de caciquismo, y hasta un problema religioso»³. Hasta el pequeño mundo de Antonio se dejarán sentir estos problemas con mayor o menor fuerza, aunque el desfase entre el campo y la ciudad, entre una región y otra, o entre las clases sociales, sea tan grande que no siempre los problemas se viven al unísono. El mismo historiador citado nos dice que el desarrollo económico que alcanza en España su punto máximo a comienzos de la guerra mundial de 1914-18, enmascara en parte los fallos político-sociales; a continuación se produce una fase de depresión que llega hasta 1923, año en que se inicia la Dictadura de Primo de Rivera que acabaría en 1930, y a mitad de la cual Antonio entra en quinta y hace su servicio militar. De todos los problemas que vivía España en el primer cuarto de este siglo, algunos resultaban especialmente agudos

3. José L. Comellas: *Historia de España Moderna y Contemporánea (1474-1965)*, pág. 535. Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1972.

en los pueblos andaluces y sus gentes los sufrían en su propia carne aunque no entendieran mucho de historia ni participaran mucho en la política. Problemas como el de la guerra de Marruecos, que se llevaba a los mozos a morir al otro lado del Estrecho; el problema social, que mejoró algo con el relativo desarrollo económico del país mientras los demás países europeos estaban en guerra; el problema del caciquismo, entramado con el sistema de los partidos que se turnaban en el poder y que ponía a los pequeños campesinos y a los obreros del campo a merced del paternalismo, el capricho, la generosidad o el abuso de los caciques locales vinculados a un partido u otro.

Si desde principio de siglo reinaba en España Alfonso XIII, en Villamanrique reinaban además por aquellos años la pobreza y el analfabetismo, aunque ambos problemas eran anteriores al joven rey y persistirían después de su caída. El paro durante varios meses del año colocaba a muchas familias al borde de la miseria y el trabajo de los niños de la edad de Antonio se hacía imprescindible para sacar adelante la familia. Desde edad muy temprana tenían que ayudar los varones al padre en las faenas del campo o se encargaban de una piara de cerdos o cabras que sacaban a pastar a las afueras del pueblo. Las niñas también eran necesarias en casa, aunque sólo fuera para cuidar de los hermanos más chicos, y muy pronto se colocaban de sirvientas en Sevilla. El resultado era la inasistencia a la escuela durante muchos días del curso o el abandono definitivo cuando todavía no habían salido del analfabetismo. Esta falta de instrucción los marcaba ya para toda la vida y los condenaba a repetir el ciclo de la generación anterior. La ley obligaba por entonces a asistir a la escuela hasta los doce años, pero esta ley pocas veces se cumplía.

Un Real Decreto de 5 de mayo de 1913 trataba de la constitución en cada municipio de la Junta Local de

Primera Enseñanza, prueba de la preocupación oficial por esta materia; pero una cosa es la ley y otra es la realidad. El 22 de diciembre de 1924 se reunieron varios vecinos en las Casas Capitulares de Villamanrique, bajo la presidencia del señor alcalde D. Maximino Mateos Mateos, para reconstituir la expresada Junta, con arreglo al Real Decreto de 1913. No sé qué había ocurrido y cómo había funcionado la Junta Local de Primera Enseñanza entre esos años, pero lo cierto es que en 1924, y por mucho tiempo, el problema de la inasistencia a la escuela y del consiguiente analfabetismo será parte de la historia de Villamanrique. Esta Junta de 1924 estuvo formada por el alcalde, como presidente, dos concejales, el inspector de Sanidad, cuatro padres de familia (dos hombres y dos mujeres), el cura párroco y dos maestros. El puesto destinado al farmacéutico quedó sin cubrir, porque la plaza estaba vacante.

Pero el problema de la enseñanza no se limitaba sólo a los niños que no acudían a la escuela, sino que había también un problema de locales. En efecto, el Sr. Inspector de la provincia manifestó en enero de 1923 su descontento porque la clase que dirigía don José Cortés Gijón (que había sido maestro de Antonio unos años antes), carecía de condiciones higiénicas y pedagógicas. De los mismos defectos se quejó a finales de 1924 el Sr. Delegado Gubernativo del partido, y ante esta situación, la Corporación Municipal preparó en los altos de las Casas Capitulares un salón para la citada clase. La Junta aceptó por unanimidad el ofrecimiento en reunión celebrada el 8 de enero de 1925. Por estas fechas cumplía Antonio los 20 años y hacía ya siete que había abandonado la escuela. La cuestión que por entonces preocupaba más a Antonio era la de su próxima entrada en quinta, momento con el que cerraremos el primer capítulo de su vida que él mismo empieza ahora a contarnos.

Padres y abuelos o cómo se empalma un siglo con el siguiente

Nació Antonio el 23 de febrero de 1905. Entonces y hasta hace unos años, los niños venían al mundo en casa de sus padres mientras ahora todas las mujeres del pueblo van a clínicas y hospitales de Sevilla para dar a luz. Antonio nació en la calle Espinadera y allí vivió hasta los dos años. De la calle Espinadera se mudó su familia a la calle Arriba que, por ahora, se llama Queipo de Llano. Por último la familia se mudó a la casa donde Antonio vive hoy y cuyos sucesivos nombres son como el índice de un libro de historia de España. Tenía Antonio catorce años cuando la familia se instaló en esta última casa que está en la calle que entonces se llamaba Abajo; luego tomó el nombre de Carlos Cañal, jefe del partido conservador de la provincia de Sevilla en los años que precedieron a la Dictadura de Primo de Rivera. En la República la calle se llamó Capitán Galán, para después de la guerra civil cambiar el nombre por Capitán Cortés. Hace muy pocos años dieron el nombre de este capitán a otra calle que está más cerca de la casa-cuartel de la guardia civil, y la calle de Antonio —la calle Abajo de cuando él tenía catorce años— la bautizaron con el nombre de un manriqueño que ejerce hoy su ministerio en la República Argentina: Obispo José María Márquez.

Los padres de Antonio murieron en los años cuarenta en su propia casa, por lo que puede hablar de ellos con datos abundantes y precisos. De sus abuelos, sin embargo, tiene un recuerdo muy desigual y siempre limitado a su niñez. Pero si empalmamos las propias experiencias de Antonio con las cosas que oyó a sus abuelos o escuchó sobre ellos, es posible remontarse y adentrarse bastante en el siglo pasado. El abuelo de Antonio, por parte de padre, se llamaba Lorenzo y fue guarda jurado

de la condesa de París durante treinta años. Lorenzo debió nacer hacia 1840 y murió cuando Antonio tenía unos diez años, es decir hacia 1915. Llevaba a la fecha de su muerte unos tres o cuatro años jubilado y fue el primer empleado de la «Casa» que se jubiló con sueldo: quizás unas dos pesetas.

El abuelo Lorenzo salía de casa temprano a caballo, con la comida, y volvía oscuro. Vestía la ropa de guarda jurado: chaqueta de paño marrón, un poquito más claro que el hábito de los frailes; pantalón semicorto, porque llevaba bota alta; un viso color verde en la bocamanga y en el cuello; faja colorada y sombrero gris de ala ancha con la escarapela de la condesa. También llevaba unas alforjas de «material», es decir, de piel. El guarda mayor de las tierras de la condesa «gastaba» traje y sombrero negros; era además su administrador en Villamanrique. Cuando el abuelo de Antonio se retiró, se reunía en la Plaza de San Roque con otros ancianos y llevó la misma ropa de guarda, menos la escarapela, hasta que murió. La abuela paterna murió en diciembre de 1904, unos meses antes de nacer Antonio, y de ella recibió su nombre de pila.

Lorenzo y Antonia se casaron cuando él tenía treinta años y tuvieron dos hijos varones (Juan y José) y tres hembras (Catalina, Luisa y Florencia, que era la más chica y murió muy joven). El tío Juan también fue guarda en la finca de Gato, que era de la condesa. José, padre de Antonio, nació sobre el año 1860, y empezó trabajando en el campo como jornalero. También hacía carbón y cisco y descorchaba alcornoques en tierras de la condesa de París. Más tarde fue capataz en La Cerca, una finca grande que hay a la izquierda de la carretera poco antes de entrar en Villamanrique. El padre de Antonio heredó un «cercao» y lo vendió por 7.000 reales; con otros 3.000 reales que pidió prestados a gentes que daban dinero a cuenta

de la cosecha, compró la casa donde vive Antonio. Heredó también dos hazas (o parcelas de dos a tres fanegas de tierra); compró otra; después compró otra y se juntó con tres; después compró otra y ya juntó cuatro; y después otra, hasta que se juntó con cinco.

José trabajó con sus hijos Antonio y Francisco hasta que pudo; tres o cuatro años antes de morir dejó de salir al campo. Murió de una congestión; estaba sentado a la puerta de casa tomando el fresco a eso de las siete o las ocho de la tarde, comiendo una pera. Se levantó para ir a orinar y se cayó en el «portal» delante de la puerta del dormitorio. Murió a la una de la madrugada sin haber dicho una palabra. Antonio es incapaz de recordar en qué año murió su padre, aunque bien recuerda las fechas de sus abuelos y de otros muchos sucesos de su infancia. Sólo puede decir que murió después de varios años de casado, y Antonio se casó en diciembre de 1944.

Las noticias que Antonio recogió de la familia de su madre nos llevan todavía mucho más atrás. Su bisabuelo vino de un pueblo de Soria a Sanlúcar la Mayor trayendo ovejas. Se casó y se quedó en Sanlúcar, hecho que ocurriría hacia la década de 1830. La madre de Antonio le contaba que su abuelo tenía algún capital en Soria, pero los familiares que estaban en contra a la hora de la herencia, tenían más dinero y no llegó ni a pleitear. Siguió dedicado a las ovejas en Sanlúcar y más tarde tuvo un huerto. Decían del soriano que «hablaba muy bien», lo que me hace pensar que el complejo que tienen los andaluces de que «hablan muy mal» viene de antiguo. Antonio todavía tiene muchos primos segundos en Sanlúcar, pero sólo ha conocido a dos en dos ocasiones distintas.

Elvira Sousa Lora, abuela materna de Antonio, se casó en Sanlúcar la Mayor con Francisco Martínez Florea. Cuando Antonio lo recuerda dice: «Apenas tengo un viso

del padre de mi madre. Tendría yo unos dos años cuando murió. Le conocí por una fotografía». El abuelo Francisco Martínez leía muy bien y cuando pasaba delante de su casa, en Sanlúcar, un maestro de escuela que estaba tocado de la cabeza, lo saludaba llamándole don Francisco Martínez de la Rosa (el poeta y dramaturgo que aún viviría por aquellas fechas).

Francisco y Elvira, los abuelos maternos de Antonio, se vinieron a Villamanrique desde Sanlúcar la Mayor (que está a pocos kilómetros), cuando la madre de Antonio era todavía una niña, o sea hacia 1880. El abuelo vino para trabajar en la huerta que luego fue de don José de Pando Navarro, donde era administrador Cristino, quien era además barbero, como lo es hoy su nieto Cristino, el amigo y compañero de edad de Antonio. El abuelo Francisco plantó en aquella finca los naranjos y la madre de Antonio, que era una niña, le ayudó a tirar el cordel para alinear y marcar los naranjos. Vivieron en un chozo en la misma finca un poco de tiempo. Cuando Pando compró la finca, el abuelo trabajó para él en los naranjos y en los olivos como capataz que dirigía las faenas; por ese tiempo se vino a vivir al pueblo. El abuelo murió joven, con unos sesenta años. La abuela Elvira murió con 86 años, cuando Antonio era ya un hombre.

Francisca, la madre de Antonio, trabajaba de soltera en la misma finca donde su padre era capataz, pues cuando necesitaba ocho o diez mujeres para recoger del suelo la aceituna que los hombres vareaban en los árboles, llamaba a su hija para esta faena que era propia de mujeres. Hacia 1896 se fue Francisca a «servir» a Sevilla y allí estuvo hasta 1903, año en que se casó. Dos años más tarde nacería Antonio y en abril de 1910 nació Francisco, los dos únicos nacimientos del matrimonio entre José y Francisca. La madre de Antonio murió con 63 años, exactamente el 13 de abril de 1943. También murió Francisca de una

congestión. La primera le había dado en 1939, estando Antonio prisionero en la guerra; le repitió a los cuatro años y también murió sin decir palabra.

Los condes de Villamanrique de la Condesa

Antonio me ha reconstruido el árbol de su familia, tanto por la rama paterna como materna, desde sus abuelos hasta sus sobrinos nietos con lo cual ha incluido cinco generaciones y ha cubierto unos ciento veinticinco años. Todos estos parientes, que pasan con mucho del centenar y de los que es capaz de dar referencia, aparecen en el cuadro genealógico que he confeccionado.

Con la misma soltura, sin titubeos ni necesidad de consultar más que dentro de su prodigiosa memoria, Antonio me habla de la familia real tan vinculada a Villamanrique hasta el punto de haberle dado apellido al pueblo. Tal como él me lo refiere así lo cuento yo, sin consultar tampoco con otras personas ni otras fuentes. Pero lo que no se puede es hablar de Villamanrique sin hablar de esta familia que es parte de la historia del pueblo y cuyos actuales miembros son «vecinos», es decir, tienen su residencia habitual en esta villa.

Antonio llegó a conocer a la condesa de París, hermana de la reina Mercedes, primera mujer de Alfonso XII.⁴ La condesa recibió su título por su matrimonio con don Felipe de Orleáns, conde de París y heredero de la corona

4. La reina doña Mercedes y la condesa de París eran hijas de los duques de Montpensier; a través de su madre, la infanta María Luisa, eran primas hermanas del rey Alfonso XII. Los duques de Montpensier eran dueños del palacio de San Telmo en Sevilla, cuyos jardines donó la infanta María Luisa a la ciudad y se convirtieron en el parque que lleva su nombre. A la diócesis de Sevilla donaron el palacio de San Telmo, que se dedicó a Seminario.

de Francia. El infante don Carlos, que se había casado con una hermana de Alfonso XIII, enviudó y casó de nuevo con la infanta Luisa, hija de los condes de París. De este segundo matrimonio nacieron Carlos (muerto en la guerra civil), Dolores, María de las Mercedes (madre del rey don Juan Carlos), y Esperanza. Doña Esperanza de Barbón y Orleáns (casada con don Pedro Orleáns-Braganza), es en Villamanrique la «infanta», pues así conoce y nombra el pueblo a esta princesa de Barbón, nieta de la condesa de París.

Desde fines del siglo pasado y hasta su muerte, la condesa de París estuvo muy vinculada a Villamanrique. Dice Antonio que la condesa pasaba en el pueblo el invierno y parte de la primavera. Del conde dice que venía al pueblo una vez al año: un mes o mes y medio por la primavera, aunque él no lo conoció. La condesa estaba peleada con el clero de Sevilla porque su madre había regalado el palacio de San Telmo para seminario. La condesa prometió no ir más a Sevilla y cuando venía de Madrid cambiaba de tren en la estación sevillana de Plaza de Armas para seguir por la línea de Huelva hasta el pueblo de Aznalcázar (la estación de ferrocarril más próxima a Villamanrique). En Aznalcázar tomaba un coche de ocho caballos y hasta de nueve, con uno en punta. Le esperaban además en la estación una pareja de la Guardia Civil, tres guardas de la finca de Gato y el guarda mayor del palacio, que vestía uniforme negro con sombrero negro.

Para recibir a los condes de París vestían la torre de la iglesia con banderas españolas y francesas; las banderas las montaban unos albañiles y Cayetano, que era muy ligero, se metía por el hueco del cuerpo de campana y colgaba las banderas. Antonio recuerda las banderas, los balcones engalanados, la banda de música, pero no conoció, los arcos de romero que conoció su padre, cuando vivía y venía el conde de París. Cuando ya estaba

la condesa en Villamanrique venían sus hijos y pasaban algún tiempo: la princesa Elena, desde Francia, casada con el duque de Aosta; Isabel, duquesa de Guisa; la reina Amelia de Portugal; Luisa; Felipe, duque de Orleans; y Fernando, al que el pueblo le llamaba simplemente el «príncipe» y que, según Antonio, viajó por la India y quiso ser virrey.

Con la presencia de los condes, el palacio de Villamanrique se animaba extraordinariamente, uniéndose a la servidumbre fija otras personas venidas con los condes o empleadas en el mismo pueblo. Había en el palacio quince o veinte jardineros; quince o veinte albañiles; quince o veinte hombres para las cuadras, una para caballos de montar y otra para caballos de coches. Lacayos, guarnicioneros, un maestro herrador, ocho o nueve criadas. La condesa mantenía en Villamanrique mucha etiqueta y por su parte traía dos doncellas; Riviere, un mayordomo francés, y su sobrino Germán; Andrés, el cocinero... Cuando se reunían los hijos, ocupaban además seis lavanderas y una planchadora del pueblo. Estos recuerdos los sitúa Antonio hacia 1910 ó 1912 y añade que todos los franceses que venía con la condesa murieron en la guerra europea, menos el mayordomo, que no fue a la guerra porque era más viejo.

Esta casa real, en opinión de Antonio, le dio renombre al pueblo, donde la familia era bien aceptada porque los condes socorrían mucho a la gente. El conde le preguntó un día al Dr. Mena, uno de los dos médicos del pueblo y el que acudía a palacio: «¿Qué haría yo como una cosa buena para el pueblo?». Fundó entonces el Asilo de San Felipe; Antonio recuerda haber visto una placa en la fachada con una fecha de mil ochocientos y pico. Atendían el asilo el propio Dr. Mena, que está enterrado en el pueblo en su panteón; y don Rafael, que era además cirujano. En el asilo había visita gratuita al médico,

medicinas y atención a los heridos. Antonio recuerda haber ido al asilo con su madre cuando estaba enfermo. El rico y el pobre iban al asilo a curarse y a ver al médico, a excepción de los más ricos.

Otro servicio que prestaba el Asilo de San Felipe era el «puchero», que repartían a los enfermos y necesitados según una lista que tenían. El «puchero» era una ración de caldo con su carne y su tocino y un bollo de pan. El interesado o un familiar lo recogía a las doce de la mañana en un puchero de barro, que eran los únicos que se conocían entonces. Todo esto lo costeaba el conde de París. También el conde, cuando veía a los hombres parados en la plaza, los mandaba a su finca de Gato a «rozar el monte» y les pagaba dos pesetas al día.

La condesa de París pagaba dos becas para seminaristas del pueblo, pero sólo uno llegó a cantar misa: el canónigo Miguel Bernal Zurita, que fue párroco de San Nicolás en Sevilla, y era un buen orador sagrado. De muchacho era peón de albañil de la condesa y cantó misa en 1910, el año en que nació el hermano de Antonio; hoy tiene una calle con su nombre en el pueblo. Otros dos seminaristas murieron enfermos y tres o cuatro más se retiraron con varios años de estudios. Cuando murió la condesa de París, poco después de terminar la Guerra Europea, siguió el asilo por algún tiempo, pero con menos servicio; después quedó el «puchero» y después nada. La condesa tenía su estrado ante el altar mayor de la iglesia parroquial; salía del palacio y cruzaba la calle para entrar por la puerta de la torre. Una fachada lateral del palacio da a la Plaza del Convento, así llamada porque existía allí uno que formaba ángulo recto con el palacio. Cuando la condesa oía misa en el convento pasaba por una terraza hasta una construcción contigua que era parte del palacio y desde un gran ventanal seguía la misa que se celebraba en la capilla.

Antonio va a la escuela y después al campo

Antonio recuerda con especial detalle y satisfacción sus pocos años de escuela. En una arquilla de madera guarda entre sus objetos más personales y antiguos, libros y cuadernos que utilizó hace más de sesenta años. Además de la escuela municipal, a la que Antonio asistió, había en el pueblo personas que en distintos momentos de aquellos primeros años del siglo se dedicaban a estas tareas. Antonio tiene noticias que entre 1900 y 1907, aproximadamente, había un hombre sin carrera que daba clase por una perra gorda (diez céntimos) o una perra chica (cinco céntimos) al día. Esta escuela era de día y no necesitaba de permiso ni nada; terminó cuando aquel hombre se fue a Sevilla. En vacaciones también tuvo una escuela un cartero; mientras repartía las cartas por el pueblo, la mujer cuidaba de los niños. Andrés, otro cartero, también tuvo una escuela allá por 1910 ó 1911; le ayudaba a cuidar de los niños su hija de unos doce o trece años. Esta niña volvió al pueblo con título de maestra cuando tenía treinta y tantos años. Andrés, el cartero, murió en 1943 y Antonio recuerda el día exacto, porque fue tres días antes de morir su madre.

La escuela a la que asistió Antonio estaba donde hoy se levanta el edificio del mercado de abastos, en la misma plaza de la iglesia y junto al edificio del Ayuntamiento. Era una escuela para niños y niñas, separados por un tabique. Había treinta y cinco o cuarenta niños y otras tantas niñas, con un maestro para los varones y una maestra para las niñas; cada maestro tenía su «auxiliar». El primer maestro de Antonio fue don Miguel Morales, natural de Alcolea (Córdoba), y trasladado más tarde a Carmona; entonces se convirtió en maestro el auxiliar don José de Pablos, casado y enterrado

en Villamanrique. La maestra de aquellos años era doña Manuela Macías, del Puerto de Santa María, que murió también en Villamanrique con más de ochenta años; su auxiliar era una mujer del pueblo. Algún tiempo después tuvo el pueblo dos maestros y dos maestras; ya no hubo más auxiliares.

Antonio entró en esta escuela a los seis años (1911) y salió cuando tenía trece. La edad obligatoria era sólo hasta los doce, pero a Antonio lo mantuvo un año más el maestro don José Cortés para ayudarle en los momentos en que se ausentaba. Aquel año Antonio faltaba de vez en cuando porque tenía que ayudar a su padre en el campo; en este último año Antonio fue ya con pantalón largo porque en aquellos tiempos los niños vestían de pantalón corto siempre.

Se entraba en la escuela a las nueve de la mañana; a las doce salían para el almuerzo. Por la tarde estaban de dos a cuatro. Entonces no se «holgaba» el sábado. Se holgaba el domingo y Antonio se pregunta: «¿Por qué habría de holgarse el sábado si abrían los comercios?». El jueves por la tarde no había colegio. Algunos jueves los maestros llevaban a los niños a la dehesa o al chaparral; a las niñas las llevaban menos al campo las maestras.

Los auxiliares se encargaban de los más chicos y los maestros de los mayores. En una hojita tenían todo lo que tenían que estudiar durante la semana, por la mañana y por la tarde. No había examen de curso, ni certificado de estudios como ahora. Los libros eran de aritmética, gramática, geografía de España, historia de España... En papeles de barba que cosía el maestro con una aguja, dibujaba cada niño los mapas en colores, los ríos, las montañas... Antonio recuerda cosas aprendidas entonces: «El Guadalquivir tiene 504 kilómetros; nace en un lugar que se llama Pozo de Halcón, término de la

villa de Quesada, en la sierra de Cazorla». «De los demás ríos —dice con absoluta naturalidad— no me acuerdo de tantos detalles». Con perros gordos (moneda de dos céntimos) y perros chicos (monedas de un céntimo) dibujaban una circunferencia dentro de los límites de cada provincia y escribían su nombre. Para las «cabezas» de región como Sevilla y para Madrid, usaban el perro gordo; para las demás, el perro chico. En la primera hoja de papel de barba, que servía de portada, escribía el maestro con letra de molde o de redondilla: «Atlas de Geografía. Estudio detallado de la Península. Para uso del alumno... ».

Los maestros eran pegones: tiraban de los pelos, usaban una palmeta de palmas y palos de tambor de un batallón infantil que hubo. También ponían de rodillas con los libros en la mano. Las cuentas nunca se le dieron muy bien a Antonio y acudió algún tiempo a casa del maestro con otros diez o doce muchachos para recibir clase pagando. Otras tantas muchachas hacían lo mismo en casa de la maestra. Sin embargo, en lectura y escritura Antonio era el número uno, mientras que en aritmética era el número treinta entre cuarenta o cuarenta y cinco niños. Muchos abandonaban para siempre la escuela antes de cumplir los doce años para ir a guardar cerdos, cabras, ganado, y trabajar en el campo. Muchos salían sin saber apenas nada. Algunos iban a la escuela de noche antes de entrar en el servicio militar o aprendían algo en el servicio.

En relación con el servicio miliar Antonio comenta que hasta 1924 hubo en el pueblo un sorteo de quintos. Los primeros números iban a África; los siguientes se quedaban en la Península, y los números altos quedaban excedentes de cupo y sólo tenían que hacer un período de instrucción. En el sorteo intervenían los niños de la escuela y un año le tocó a Antonio:

«Yo saqué los números, con Cristino el barbero, de la quinta de 1915. El maestro nos dijo que con ropita buena nos presentáramos a la mañana siguiente al alcalde. Uno de nosotros sacaba el nombre del quinto y el otro sacaba el número. Los números altos, como el quince o dieciséis, no iban a África; los que sacaban un veintitantos eran excedentes de cupo».

Dentro de estos años escolares vivían los niños la experiencia de la primera comunión, de la que también nos habla Antonio. El P. Quiroga, jesuita, venía cuando los niños iban a tomar la primera comunión. «No sé qué es lo que tenían los jesuitas —se pregunta Antonio—, pero eran los que atraían a los chiquillos. Vinieron varios. El P. Quiroga nos daba unas conferencias fuera de las horas de clase, por la tarde, hasta que quedábamos preparados. Tenía yo ocho años cuando hice la primera comunión. Se hacía de ocho años p'arriba. Los padres, si más no viene, se descuidaban... sólo la mitad de los niños iban a la escuela y de éstos la mitad hacían rabona, se iban al campo sin que lo supieran los padres. Entonces los maestros no ponían falta, ni el Ayuntamiento ponía multa a los padres. Yo fui a la primera comunión con un traje corriente, de diario, pero nuevo y de pantalón corto. Un trajecito que mi madre me hizo y que luego me servía para todos los días. Tal cual era el que llevaba un traje de lujo; más bien eran las niñas: tela blanca y un velito».

Dos o tres mujeres de la Congregación de Hijas de María, señoras de edad y muchachas del pueblo, cuidaban de los altares, los vestían, ponían flores y velas. «Una vez, que yo recuerde, hicieron una lista de niños y niñas que había en la escuela para darles unos regalos. A mí me dieron un corte de camisa». El mismo día, en el mes de mayo o mes de María, tomaban la primera comunión los niños y las niñas. No había desayuno ni celebración.

«Hoy aquí, en clase obrera, en clase pobre —compara Antonio—, se preparan los desayunos y van los familiares». Tomaban la primera comunión y después «tal cual» (de nuevo esta expresión tan común en Antonio para indicar muy pocos, alguno que otro) iba a misa. Las niñas iban más, pero los niños empezaban a ir al campo a cuidar cabras y cerdos, incluso los domingos.

Antonio, como tantos otros niños, también fue monaguillo, aunque «suplente». Actuó de tal entre 1913 y 1915 y, según él, don Manuel el cura le daba muy poco: dos o tres pesetas al mes. Los monaguillos efectivos recibían cuatro o cinco pesetas. Había un sacristán, un campanero que además llevaba la manguilla en los entierros, dos monaguillos efectivos y un suplente. Con el tiempo, don Manuel el cura (del que ya nos hablará Antonio en otro lugar) se fue quedando afónico; los monaguillos iban aprendiendo y Capdepont (apellido francés común en Villamanrique en relación con el personal que venía con los condes de París) sustituyó al «chochantre», que después fue sustituido por Cristino, el que hoy todavía es barbero.

Había juegos propios de la edad escolar o, lo que es lo mismo, juegos de niños. Le pregunto a Antonio por estos juegos y menciona en primer lugar, cómo no, «las pedreas». «De vez en cuando, por alguna rivalidad, concertábamos pedreas en la escuela entre los *placeros*, los que vivíamos desde la Plaza del Convento hasta la salida del pueblo, y los *coloneros*, que vivían en la calle Colón y los barrios. Nosotros, los placeros, íbamos más a la escuela que los otros. Concertábamos la pelea detrás de la tapia del palacio o íbamos a buscarnos. La pedrea era con honda y los que podían más hacían correr a los otros». Cuando le pregunto a Antonio la razón o motivo de esta pelea, se encoge de hombros y contesta lacónicamente: «Por rivalidad; por una incultura que había».

Algunas veces había un herido y tenían que cogerle varios puntos, pero ni el alcalde ni la Guardia Civil ni los padres se metían en esto.

El «corché» era un juego de invierno, sobre la tierra mojada. La corchelera era un redondel de unos setenta u ochenta centímetros de diámetro que se marcaba en el fango y sobre el que se tiraban unos palos con punta que más tarde fue de hierro. Había que clavar el palo en la tierra y hacer caer al que ya estaba clavado.

La «hoya» se jugaba en el campo. Ingenuamente dice Antonio: «Era parecido a este juego que han ganado ahora unos españoles en América», refiriéndose al campeonato mundial de golf. El juego consistía en un hoyito, la «hoya», y una pelotita de trapo que tiraban con la mano desde una raya en el suelo. Después, con unos palitos iban dando golpes a la pelota para meterla en el hoyo. El que se pasaba del hoyo ya no jugaba más.

Otro juego era «el palo y la bilarda» (billalda). «La bilarda —me explica Antonio— era un palo cortado en las puntas para que no asentara en el suelo. Con otro palo más largo se golpeaba en un extremo, saltaba en el aire y entonces se le daba un golpe fuerte. Ganaba el que lo lanzaba más lejos y la distancia se contaba por pasos». Otro juego era el trompo, que compraban y llevaban al herrero para que le sacara la puya y le pusiera una puya más larga. «Tirábamos al trompo que estaba en el suelo para romperlo. El otro niño se iba llorando a casa con el trompo roto».

Todos estos juegos eran exclusivos de los varones. Un juego tanto de niños como de niñas eran las bolas, hechas de barro cocido. También era un juego de uno y otro sexo el de «los santos»: «Se jugaba con el forro de las cajillas de cerilla que tenían un santo o figura. Se hacía una raya en la pared y desde esa altura se dejaba caer el santo; si caía sobre el santo del otro niño o niña, se ganaba». Un juego

solamente de niñas era «el corro», que consistía en cantar y girar agarradas de la mano.

De noche, aprovechando la poca luz que había en las calles, jugaban los niños a buscarse entre las callejuelas y los portales. En aquellos tiempos era muy difícil ver a las niñas por la calle de noche. Los varones también hacían «travesuras», como era llamar de noche a una puerta tirando desde lejos con una «guita» o cuerda atada al llamador.

En el campo, en nuestros pueblos, la infancia y la adolescencia son muy cortas. Los niños dan como un salto y pasan de la escuela, de los juegos, de las travesuras y de la irresponsabilidad, a la vida adulta aunque apenas estén entrando en la pubertad. Esto era especialmente cierto en los tiempos de Antonio cuando la escuela terminaba a los doce años si no había acabado antes o no había llegado a pisarse. Ya queda dicho que Antonio permaneció, cosa rara, un año más en la escuela hasta cumplir los trece años. «El maestro me dijo: no traigas libro, yo te daré la lección; era como un auxiliar. Le daba lecciones a ocho o diez niños y cuando el maestro iba a su casa me quedaba yo de maestro».

A partir de esta edad, el hijo de un pequeño campesino o de un jornalero del campo se incorporaba definitivamente a las faenas propias de los hombres, aunque su rendimiento y por supuesto su salario fueran menores. Con trece años, Antonio dejó de ser un niño para empezar a ser un campesino, lo que sería el resto de su vida. Con esa edad se fue al campo a ganarse la vida. Hacía cisco con la leña de la dehesa y de las fincas del término; iba a trabajar con su padre, que heredó por entonces unas tierras, y así hasta que llegó la hora del servicio militar, que interrumpió por una corta temporada la larga carrera de campesino que se le abrió allá por 1918.

Sevilla está más lejos de lo que parece

No llegan a cuarenta los kilómetros que hay de Villamanrique a Sevilla. Pero, ¿se pueden medir las distancias sólo en kilómetros? ¿Cuántos kilómetros separan, de verdad, el mundo campesino del mundo urbano? ¿Cuánta distancia había a principios de siglo —qué distancia hay todavía hoy— entre un pueblo y la ciudad, entre un pueblo y su capital? Esta distancia depende de muchos factores y varía de un pueblo a otro, de una época a otra. En la *Introducción* hemos visto cuál es la situación real y presente de Villamanrique: su grado y forma de comunicación con el exterior. De la situación en los años de la infancia y juventud de Antonio nos va a hablar él mismo enseguida.

En la sociedad campesina el *hombre* está atado a la tierra, a una tierra que puede ser suya o de otro, pero que este hombre trabaja con sus manos y con los pies bien asentados, a veces enterrados, en ella. En algunas regiones, como en Andalucía, el trabajo hay que buscarlo donde lo haya y hay tiempos en el año en que no lo hay en ninguna parte; son los tiempos en que la *plaza* del pueblo es como la sala de estar, de malestar, de esa gran casa de *unos pocos* que es el campo andaluz. Los que no encuentran trabajo (que son los muchos) se reúnen en la plaza y en las tabernas para hablar de sus cosas y ver si cae algo. Antes de la emigración que en diversas formas se ha producido en Villamanrique en los últimos años —y de la que también hemos tratado en la *Introducción*— los hombres de esta villa salían a la recolección en tierras de otros términos y llegaban hasta fincas alrededor de Sevilla. Esta clase de trabajo no era la más frecuente ni suponía un acercamiento a la ciudad, que seguía estando lejos para estos jornaleros que iban de finca en finca recogiendo la cosecha. En aquellos tiempos el *hombre* estaba no sólo

atado a la tierra, sino también a su pueblo. Curiosamente, era la *mujer* la que iba a la ciudad, aunque por poco tiempo. A la edad en que los muchachos (casi niños) se iban al campo, las muchachas (casi niñas) iban a Sevilla a colocarse como «sirvientas». En el pueblo había muy pocas oportunidades —se podían contar con los dedos de una mano— para trabajar de sirvienta, y lo más común es que las muchachas se fueran a Sevilla.

La comunicación de Villamanrique con Sevilla era a principios de siglo lenta porque el pueblo no tenía ferrocarril ni línea de autobús. Se salía de Villamanrique en el «Coche correo, un coche grande estilo de una diligencia». El padre de «Paco el cartero» fue el último que tuvo este coche, que enganchaba cuatro caballos. Tenía además otro más chico, con dos caballos, para las horas o los días de menos servicio. Este coche llevaba o recogía en la estación de Aznalcázar —en la línea de Sevilla a Huelva— viajeros, paquetes y correo. Antes de entrar en quinta Antonio (1926) ya hubo autobús entre el pueblo y Sevilla, aunque el servicio con la estación de Aznalcázar continuó durante mucho tiempo y ahora sigue funcionando para llevar y traer la correspondencia. El primer autobús que llegó a Villamanrique era del cercano pueblo de Pilas, y pertenecía a don Luis Medina Garvey. Era un autobús chico, para dieciocho o veinte pasajeros. Uno del pueblo compró poco después un autobús y la gente prefirió viajar en un vehículo que era del pueblo, por lo que dejó de funcionar el de Pilas. Este mismo hombre compró después otro y más tarde le vendió el servicio a la Empresa Damas, que le parece a Antonio que empezó después de la guerra. El coche de caballos quedó, como se ha dicho, para el correo y los paquetes facturados; también para los que iban a Sanlúcar la Mayor en tren y para algunos que iban a Sevilla fuera de las horas del autobús, aunque se tardaba más tiempo.



La hermandad tiene su simpecado en la iglesia parroquial. Hay otro sinpecado que se guardaba en casa del hermano mayor. Hace poco se levantó esta casita para la carreta y el segundo simpecado. Por la ventana, de día o de noche, los manriqueños pueden pasar y saludar a su Señora.



Los manriqueños reciben a la puerta de su iglesia a las hermandades que pasan por el pueblo. Los simpecados se saludan y la gente canta y grita: ¡Viva la Blanca Paloma!



La tradicional fotografía del maestro y sus alumnos. Estamos a comienzos de los años sesenta. De pie o sentados, unos niños y un maestro que, como tantos otros, dejó su vida en el pueblo.

La madre de Antonio fue una de tantas jóvenes de Villamanrique que iban a «servir» a Sevilla. Fue niñera con una familia que tenía varias hijas y un hijo. A este hijo nos referiremos en otro lugar, porque años más tarde intervendría en los intentos que hizo Antonio para encontrar un empleo en Sevilla. Pero mientras tanto, Sevilla fue para Antonio como para la gente de su pueblo, un lugar lejano al que se acudía sólo en muy especiales ocasiones. Su primer viaje a Sevilla fue, cómo no, para visitar a un médico, como él nos cuenta.

Tenía once años cuando cogió un «resfriado crónico». El Dr. Mena —el que era médico de palacio y del asilo, y además era socio con don José Pando en la fábrica de electricidad y en el molino que por entonces se instalaron en Villamanrique— le dijo a la madre de Antonio: «Mira, Francisca; es menester que lleves a tu hijo a Sevilla a un especialista». Ya era hora, porque recuerda Antonio que llevaba enfermo desde enero, y estaban ya próximas las Pascuas de Navidad. Empezaron el viaje y fueron a ver al Dr. Manuel Izquierdo Gómez, entonces un joven soltero de unos veinticinco años, que vivía en San Ildefonso. Después se mudó a la calle Mateos Gago y ya ha fallecido. El médico reconoció a Antonio y le dijo a su madre que al día siguiente fueran a la Clínica de la Salud, en la Ronda de Capuchinos, para hacerle un reconocimiento más completo, y que llevara los orines de aquella noche. Madre e hijo tuvieron que pasar la noche en Sevilla y se fueron a la Fonda de la Plata, que estaba en la calle del mismo nombre, cerca del famoso Teatro Novedades; no se había hecho todavía el ensanche de lo que hoy es la calle Laraña. Al día siguiente fueron a la clínica y el médico puso a Antonio un tratamiento que dio pronto resultado. Como él resume al hablar de una enfermedad que duró desde enero hasta dos días antes de Pascua de Navidad: «El

médico me curó con un duro, que es lo que llevó por la visita, y con una caja de inyecciones y un bote de *poderón* (?), bebida muy fuerte inventada por un francés o un italiano. Las inyecciones me las pusieron en el brazo, porque antes no se ponían en la cadera. Con eso me curé».

No volvió Antonio a Sevilla hasta que tuvo diecisiete o dieciocho años. Su madre le llevó a él y a su hermano para conocer la ciudad, una vez por Semana Santa y otra vez por Feria. El cuarto viaje a Sevilla lo hizo Antonio con su padre el mismo año que entró en quinta, en 1926. Como aclara Antonio, «Los padres no dejaban entonces tan fácil que los hijos fueran a Sevilla solos». El motivo de este viaje fue una corrida de la Feria de Abril, en la que torearon Belmonte, el Algabeño y el Niño de la Palma, que tomó la alternativa. Con su precisión de siempre, Antonio añade sin darle importancia: «Los toros eran de don Félix Suárez». En ese mismo año, por noviembre, Antonio haría otro viaje a Sevilla para entrar en la mili, pero eso es tema y principio de otro capítulo. Después de la guerra civil y especialmente en los tiempos más recientes, Antonio ha hecho muchos viajes a Sevilla siempre para gestiones muy concretas. Nunca está más de unas horas en la ciudad, que sigue siendo esa gran desconocida para los pueblerinos de la provincia. Un hombre curioso y con afán de conocimientos como Antonio, confiesa que no conoce el Museo de Pinturas ni el Museo Arqueológico (como tantos sevillanos, por supuesto); que ha recorrido los jardines del Alcázar pero no ha visitado el edificio; que un día, a principio de los años treinta, fue expresamente a la calle Hombre de Piedra para ver la estatua en mármol de un hombre que aparece medio empotrada en el muro exterior de una casa y que ha dado nombre a la calle. Ha subido también a la Giralda.

Cosas y casos de aquellos tiempos

Antonio —como es común en las personas de su edad— tiene ya de su propia vida un sentido *histórico*. Cuando habla, emplea determinadas expresiones para situar los hechos en el tiempo y es importante conocer este lenguaje si uno quiere seguir el hilo de su conversación. Una de sus formas más frecuentes de empezar a narrar o de hacer referencia al pasado consiste en decir: «Antiguamente... ». A fuerza de oírle esta expresión y relacionarla con unos hechos concretos, he llegado a la conclusión de que las cosas, los sucesos, las formas de vida, son *antiguas* para Antonio (ocurrieron *antiguamente*), cuando él mismo las ha conocido o pertenecen ya a tiempos que él vivió y, por otro lado, no sobrepasan una fecha que podemos colocar hacia los tiempos de la Dictadura del general Primo de Rivera o, más exactamente, en la fecha de su servicio militar. En otras palabras, un tiempo que va desde principio de siglo hasta más o menos 1925; a este primer cuarto de siglo es a lo que Antonio llamaría también «mis tiempos», como si todo lo que viene después le resultara ya un tanto extraño o ajeno.

Repito que esto es un fenómeno común para todas las generaciones cuando alcanzan una cierta perspectiva de la vida, aunque algunas disponen de acontecimientos más evidentes o más dramáticos para poner principio y fin a los distintos períodos de su existencia. La generación de Antonio —la gente que nació a comienzos de siglo en España— cuenta con un período a mitad de su vida que le marca un «antes» y un «después» muy claros, aunque el período sea un tanto largo y difuso porque se presentó en tres fases diferentes: la Dictadura de Primo de Rivera, la República y la guerra civil. Cada uno de estos hechos históricos por separado, y mucho más si los tomamos todos ellos juntos, han sido más que suficientes para que la

generación de Antonio (más próxima a los ochenta que a los setenta años), considere las cosas y casos del primer cuarto del siglo xx como ocurridos «antiguamente». De esto nos habla Antonio a continuación.

* * *

Cuando pregunto a Antonio qué hechos son los más antiguos que él recuerda me habla sin titubeos de «la Guerra Europea, como se llamaba entonces, y no la Guerra Mundial». Tenía Antonio nueve años cuando empezó esta guerra y ya leía el periódico, vicio que no abandonaría jamás. Por los periódicos sabía que catorce naciones luchaban contra Alemania y el Imperio Austro-Húngaro, y se le hicieron familiares nombres como el mariscal Hindenburg, el cañón Berta que bombardeó París y las batallas del Marne y de Verdún. Estas cosas las leía Antonio en «El Liberal», porque lo tomaba el padre de un amigo suyo que era zapatero, belmontista y germanófilo. Era el periódico que más se vendía en el pueblo; también llegaban «El Noticiero Sevillano» y «La Unión». Don Manuel, el cura, recibía por suscripción «El Correo de Andalucía» y «El Debate». Los suscriptores recibían el periódico con el cartero; los demás se lo compraban a un hombre que iba por las calles y que los había recibido en el coche de caballos que hacía el servicio con la estación de Aznalcázar. Cuando murió este hombre (que también era zapatero), se quedó con la venta Manolita, que ahora tiene ochenta y tantos años. Desde hace varios años se encarga de esta venta por las casas del pueblo un hombre todavía joven al que ayudan sus dos hijos.

Según dice Antonio, «en la Guerra Europea España ganó mucho dinero y se notó en los pueblos. Pero antes había mucha hambre». Dos ejemplos bastan para respaldar esta afirmación: «Una madre repartía una sardina para tres y al que le tocaba la cabeza se hartaba de llorar.

Desde que yo tuve uso de razón hasta la Guerra Europea, no se ganaba lo suficiente. Mi padre dice que mi abuelo, que era guarda jurado con la condesa de París, compró unas botas que compartía con su hermano; un día venía al pueblo uno con las botas y otro día le tocaba al otro».

Los precios también han variado mucho desde entonces. Le pregunto a Antonio por el valor de algunas cosas y refiriéndose a los años entre 1910 y la Guerra Europea me dice que medio litro de vino valía diez o quince céntimos. El tabaco, naturalmente, variaba según clase. Una «pitillera» o «liaillo» con catorce cigarrillos costaba diez céntimos. Después vino la «cajetilla», también con catorce cigarrillos, a quince o veinte céntimos. Dos purillos, muy fuertes, costaban quince céntimos y otros más chicos, a cinco céntimos. El paquete grande de hoja lo fumaban cuatro o cinco personas en el pueblo: el médico, don Manuel el cura, los Márquez, don Manuel Carrasco... Costaba 2,80. También llegaba tabaco de contrabando de Gibraltar: la pastilla grande a catorce o quince pesetas; la chica, a ocho o nueve. Este tabaco de contrabando se vendía con cuidado, de noche. El contrabando venía por las marismas, a caballo; los contrabandistas eran forasteros. Se vendía en algunas tabernas, pero sobre todo el padre de... , que era zapatero. La Guardia Civil del pueblo no se metía en esto, pero sí los carabineros de Sanlúcar la Mayor y de la playa. Se sembraba tabaco en los campos sin autorización; cuando venían los carabineros se corría la voz por el pueblo y los hombres corrían al campo para arrancar y enterrar las matas. Antonio no llegó a conocer funcionando los alambiques para hacer aguardiente que los carabineros cerraban porque, según cree, no pagaban la matrícula. Recuerda haber ido a Pilas a comprar aguardiente.

En invierno la gente se calentaba en las casas —como todavía hoy lo hacen muchas familias— con la *copa*, «que

es como aquí en el pueblo la llamamos, porque no decimos brasero». La copa usaba cisco hecho de leña del monte de Gato y de otra finca de palacio. La condesa dejaba que cogieran leña porque limpiaban los pinos y el monte. Había familias que vivían sólo del cisco y del carbón que se vendía incluso en Sevilla. Antonio iba con su padre a hacer cisco, pero en el mes de mayo prohibían hacer cisco y carbón hasta las primeras lluvias para evitar los incendios.

Villamanrique no tiene hoy servicio de telégrafos, aunque lo tenía a principios de siglo. El primer telégrafo estuvo en una habitación del palacio que daba a la calle, y Antonio parece querer decir que era un servicio propio de la familia real. El primer telegrafista fue un hombre que estuvo de telegrafista en la guerra de 1909, en África. Su viuda «cogió el teléfono después; años más tarde pasó a la familia de Amalia». Unos cuantos años antes de la Dictadura hubo en Villamanrique oficial de correos, de teléfono y un teniente de la Guardia Civil con ocho o diez guardias, lo que no había en Pilas. En opinión de Antonio esto se debía a que el infante don Carlos, yerno de la condesa de París, era capitán general de Sevilla.

Hacia 1912 ó 1913 se montó en el pueblo la fábrica de electricidad por don Manuel Mena, el médico que había venido de Madrid y se casó en Villamanrique, y por don José de Pando Navarro, que tenía casa en Sevilla y negociaba en cosas de aceituna y arrendó unos olivares en el pueblo y lo mismo vivía en Villamanrique que en la ciudad. Se producía la electricidad con carbón de piedra; al mismo tiempo montaron un molino eléctrico para el trigo y entonces dejó de molerse en molinos de agua del Guadiamar y de Chilla.

La fábrica de electricidad llevó un poco de luz a las casas y a las calles del pueblo. Hasta entonces, y según le

contaba su padre a Antonio, los que salían a la calle de noche, que eran muy pocos, llevaban un farolillo de aceite, de los que él mismo recuerda algo. Después colocaron unas farolas de petróleo, muy retiradas unas de otras, que encendía un empleado del ayuntamiento y las apagaba por las mañanas. En las casas se usaba velón de aceite de oliva y «torcía» de algodón. Las casas pudientes tenían un velón grande con cuatro piqueras. Para ir a la cocina y a otras habitaciones se usaba lo que Antonio llama, con cierta duda, un «piste» o «quiste», o algo así, que se llevaba en la mano. «Yo he conocido lamparitas de hierro de la misma forma de las que he visto de barro en el Museo de Itálica». En el palacio se alumbraban con electricidad porque el conde de París, cuando hizo el palacio con albañiles y pintores de Sevilla, hizo una fábrica de electricidad. «El palacio —concluye Antonio— tuvo electricidad antes que el pueblo».

Villamanrique tenía su casino que estaba donde hoy está instalada la Caja Rural Provincial, frente a la iglesia. Antonio lo conoció desde que tenía uso de razón. Tenía más de trescientos socios y era muy serio; no había gente escandalosa, porque las expulsaban o les ponían una multa. Se pagaba una peseta al mes y, Antonio insiste, todas eran personas de orden. Lo fundaron los del partido liberal, que eran los Márquez. El abuelo de José Luis (el padre del que todavía se llama en el pueblo, con afecto, «el niño del Casino») fue su primer conserje. En el casino se tomaba café, se jugaba a las cartas y al dominó, pero sin dinero. Más tarde se jugó al billar. Había además una salita-escritorio para los socios que la necesitaban. Cuando más gente había eran los días de agua, porque no se podía ir al campo. Antonio se hizo socio hacia 1917 ó 1918, es decir por el tiempo que abandonó la escuela y era ya un hombrecito de pantalón largo. El casino desapareció en los años treinta y tantos. Los jefes que lo

sostenían fallecieron, se quitaron los partidos y con ellos desapareció el casino.

También llegó el cine a Villamanrique aunque la primera experiencia que tuvo Antonio y tantas gentes del pueblo fueron los «cuadros» que les echaba el príncipe, como llamaban al hijo menor de la condesa de París. Fernando tenía por entonces treinta o treinta y cinco años y era de carácter alegre y aventurero. Cuando los niños le veían por la calle le preguntaban: «Príncipe, ¿hay cuadros?». Su madre le decía alguna vez: «Échales cine y divierte a tus paisanos», porque se engendró en el pueblo y así lo consideraban. El día que el príncipe decía que sí, mandaba a los albañiles de palacio que pusieran el telón, y en la Plaza del Convento lo elevaban con unas garruchas sobre dos palos clavados en la tierra. La gente se traía sus sillas de casa y el príncipe se colocaba en una especie de puente que unía el lateral del palacio con la casa de enfrente y desde allí disparaba al aire un pistolón para anunciar el comienzo y el final. La proyección la hacía desde una ventana de esa casa y, aunque Antonio no lo recuerda bien, deberían ser documentales filmados por el príncipe en sus viajes, porque salía en ellos el propio príncipe y se veían escenas de la India.

Tenía Antonio catorce o quince años cuando empezó el cine comercial en Villamanrique. Venían gentes del pueblo cercano de Benacazón, arrendaban una bodega y echaban películas mudas, pues esto era hacia el año veinte. Cuando le pregunto qué películas recuerda me habla de «La araña negra», que le parece que era por serie; y «Lucile, la hija del circo». Costaba entonces el cine veinte céntimos o un real. Del cine moderno confiesa que ha visto muy poco y puede recordar todas las películas: «Alma de Dios» y la película del Cordobés; en el Palacio Central, en Sevilla, vio «Rebeca» por cinco pesetas. Hace poco volvió a ir al cine en Sevilla para ver «Terremoto» y «La trastienda», ya a cien pesetas la entrada.

Un hecho que Antonio no puede olvidar ni dejar de mencionar es el fallecimiento de la condesa de París, a la que él recuerda desde que tenía cinco años. Murió la condesa en Villamanrique en 1919 y allí estuvo el cadáver unos veinte días. Vinieron de Sevilla dos médicos, Fedriani y Lupiáñez, para embalsamarla. También vinieron todos sus hijos, menos la infanta Luisa que estaba de parto de doña Esperanza, la infanta que hoy reside en Villamanrique. Se llevaron a la condesa en un coche de caballos que prepararon como si fuera una batea, con paños negros. Los caballos y los cocheros eran de palacio. La acompañaron los guardas de palacio (entre ellos un tío de Antonio), la Guardia Civil y un escuadrón de caballería que vino de Sevilla en traje de faena y luego se vistieron de gala. Los soldados se alojaron en casas del pueblo y los caballos en las cuadras de los labradores. El cortejo fue hasta la estación de Aznalcázar. Al llegar a la estación de Plaza de Armas (o estación de Córdoba como se le llama en Sevilla), hubo los cañonazos de ordenanza. De allí fue trasladada al puerto donde se embarcó para Londres, pues allí estaba enterrado su marido, aunque de esto último no está Antonio muy seguro.

A la muerte de la condesa de París le tocaron a la infanta Luisa las tierras de Villamanrique y el palacio que está cerca de la ermita del Rocío. La infanta Luisa vivió en Sevilla y Barcelona, donde su marido, el infante don Carlos, fue capitán general. El guarda mayor de Villamanrique hacía las veces de administrador de estas tierras, pero la condesa tenía además un administrador en Sevilla, que era francés: don Edmundo Noel, al que Antonio no llegó a conocer. Después se quedó de administrador su hijo, don Raúl, que iba de Sevilla a Villamanrique en coche de motor con cadena. Se mató de un pistoletazo porque dicen que se arruinó. La muerte debió ocurrir poco después de morir la condesa, hacia 1920. Recuerda

también Antonio que por el año 1922 trajeron los infantes un ingeniero agrónomo de Madrid y poco después un hortelano de Aranjuez. Sembraron espárragos de Aranjuez, fruta y verdura, pero parece que los cultivos no iban adelante y el hortelano y luego el ingeniero, se marcharon de Villamanrique.

Ninguna persona habrá dejado una huella más profunda entre los manriqueños que hoy pasan de los cincuenta, que don Manuel Fernández Santiago, cura párroco durante cuarenta y un años. Debió llegar al pueblo muy al principio de siglo, antes de nacer Antonio, y se retiró a Carmona con su familia cuando era muy viejo. Una vez se organizó una expedición de cuatro autobuses para ir a visitarlo a Carmona y Antonio fue uno de tantos manriqueños. Tenía un genio muy fuerte; no pasaba por alto nada, ni en la iglesia ni en la calle. Una vez echó de la iglesia a una muchacha porque tenía media manga: «Un viernes santo no viene una mujer con esa ropa a la iglesia», le dijo. Tenía un corazón que no tenía nada suyo. Visitaba a un enfermo necesitado y con disimulo le dejaba un duro debajo de la almohada. Aquí enterró el capital que heredó de los padres. Vivió siempre en la fonda (que hoy se conoce como la casa de Daniel) hasta que murió la dueña y el hijo vendió el edificio. Vivía humildemente. Nunca entró en una taberna; nunca miró a una mujer frente a frente y no podía ver a los afeminados. Y Antonio añade: «No diga Vd. que no, si le ofrecía alguna cosa, porque había que tomarla». Un día invitó a una botella en la sacristía a Antonio y a los dos paisanos que estuvieron presos en la guerra. A los albañiles que hacían algún trabajo en la iglesia les tenía preparados café, calentitos, vino... Disfrutaba con eso. También les compraba las medicinas a los enfermos. El pueblo sintió mucho que se fuera, pero nadie ofreció una casa para que se quedara. Antonio termina sus recuerdos de don

Manuel el párroco en tono sentencioso: «Curas como don Manuel ya no nacen». Y lo compara con el jesuita P. Tarín, a quien Antonio conoció en una visita que hizo al pueblo cuando él era niño.

El vaivén de la política se dejó sentir en Villamanrique con el turno de los partidos y las influencias en cadena que pasando por Sevilla capital llegaba hasta los pueblos. Dos figuras sevillanas recuerda Antonio de la política de los tiempos anteriores a la Dictadura: don Carlos Cañal, jefe del partido conservador en la provincia; y don Pedro Rodríguez de la Borbolla y Amoscótegui de Saavedra, jefe del partido liberal. En Villamanrique, como en todos los pueblos y ciudades de España, había *caciques* que subían o bajaban según iban las elecciones. La categoría de cacique y la capacidad para hacer cosas, prestar favores y mediar en favor de alguien, iban muy unidas al cargo de alcalde y el cargo, a su vez, se vinculaba a un partido y a un apellido. El recuerdo más remoto que tiene Antonio de la agitación política y laboral en el pueblo se remonta a la fecha en que él tendría unos doce años; fundaron por entonces una sociedad de obreros del campo o algo así, que se arribaba más al partido liberal. Hubo una manifestación; prendieron fuego a unos almiares y un teniente de la Guardia Civil parece que hirió a un obrero.

Al hablar del político sevillano don Pedro Rodríguez de la Borbolla, Antonio se acuerda de un suceso que dio mucho que hablar por aquellos años anteriores a la Guerra Europea: el caso de Perico el ventero, a quien defendió como abogado dicho político. Perico, que era viudo, tenía una venta en la carretera de Sevilla a Castilleja de la Cuesta, junto a la ermita de Guía. En la ermita habitaba una familia con su hija, Rosario Oliver, de dieciocho años. Paraban en la venta los arrieros que transportaban vino y aceite en pellejos, y grano en sacos a lomos de bestias. Perico mataba a un arriero o a otra persona, le robaba y

lo enterraba. Rosario vio una mañana manchas de sangre y cabellos de persona en el suelo y Perico le dijo: «Esto es de un pollo que he matado»; y para que no hablara la mató. La Guardia Civil lo prendió y don Pedro Rodríguez de la Borbolla fue su defensor, pero el periódico «Fígaro» comenzó a perseguir al ventero y fue condenado a treinta años; salió antes con indulto. Antonio dice que conoció a un hijo del tal Perico.

Otro suceso se añade a esta breve crónica negra de principios de siglo. Poco antes de lo de Perico, tres presos que iban en tren al penal del Puerto de Santa María mataron a los dos guardias civiles que los custodiaban. Uno de los presos pidió que le aflojaran las manos para comer y cuando el guardia se acercó, le quitó el machete y lo mató. Los otros dos presos atacaron al otro guardia y lo mataron también. El suceso debió tener especial repercusión en el pueblo y dejar impresionada a la gente, y más a los chiquillos, porque uno de los guardias civiles, que se llamaba Rodríguez, era de Villamanrique.

* * *

Terminamos este primer capítulo con unas preguntas que nos va a responder otro de los libritos que Antonio manejó en su adolescencia. ¿Cómo eran o cómo debían de ser los niños de aquella época? ¿Qué se les trataba de inculcar y obtener de ellos mediante la educación? ¿Qué era lo bueno y qué era lo malo? ¿Cuál era, en definitiva, el sistema de valores que la sociedad quería transmitir a los niños?

¡Cuántas veces hemos oído a las personas mayores, a las que ya son muy ancianas o han desaparecido, que ahora los niños no aprenden urbanidad y buenas maneras! ¡Cómo echan de menos esos libros de urbanidad y civismo que eran parte de la educación escolar de sus tiempos! No voy a comparar los niños de hoy con los de

antes y, mucho menos, voy a echar la culpa o dar la razón a esos libritos que han servido para tantas críticas y para tantos chistes. Pero lo que me parece cierto y oportuno para nuestros propósitos es que en tales libros se reflejaba una forma ideal de conducta y que algo o mucho quedaba en los niños de aquella visión del mundo que les proyectaban los textos.

Sólo así se puede explicar que «antiguamente» los muchachos —de las muchachas y mujeres no se pensaba siquiera— no fumaban delante del padre hasta que entraban en quinta o se iban a casar. Antonio reconoce que su hermano y él fumaban desde los catorce o quince años y que su padre lo sabía, pero procuraban no fumar en su presencia. «Mi padre nunca nos pegó, pero nos llamaba o nos daba una voz y temblábamos». Y en cuanto al tratamiento con los padres, Antonio dice rotundamente: «A mí no me cabe en la cabeza que los niños no les hablen a sus padres de usted».

Ya hemos visto cómo se crió y educó Antonio. Buena asistencia a la escuela —hasta donde era posible en el pueblo—, padre severo y trabajo, mucho trabajo desde muy pronto. Pero Antonio, que fue alumno distinguido de uno de sus maestros al que sirvió como de «auxiliar» durante un año, tuvo otra oportunidad. Un día este maestro le dijo: «Antonio, voy a regalarte un libro que nadie más tiene en el colegio»; y así llegó a sus manos y conservó hasta hoy, *Nociones de urbanidad y cortesía*, por Juan Ruiz Romero, Maestro Nacional y Director de una de las Escuelas Públicas de Barcelona. El texto, que es de segundo grado, está aprobado por Real Decreto de 29 de agosto de 1903, y dice cosas como las siguientes:

«Urbanidad es un conjunto de reglas que debemos observar en sociedad para granjearnos su aprecio. —Cortesía es la urbanidad elevada a la perfección. —La urbanidad nos

prescribe que seamos agradecidos. La ingratitud es un vicio contra la naturaleza, pues hasta los animales son agradecidos. —Después de Dios a nadie como a los padres, debemos tanto amor, tanta obediencia y gratitud. —Al levantarse los niños saludarán a sus padres, les preguntarán cómo han pasado la noche y les besarán la mano en señal de respeto. —La familia la forman las personas con quienes convivimos. La familia además de los padres, suele componerse de los abuelos, tíos, hermanos y criados. —Los maestros en la escuela desempeñan las funciones de padres. Los niños deben a sus maestros gran respeto, obediencia y gratitud. —Los niños deben agradecer a sus maestros el bien apreciable que les hacen sacándolos de la ignorancia en que estaban sumidos. Se ha dicho que el saber vale más que el tener y en efecto: el que sabe tiene indudables ventajas sobre el ignorante, aunque éste posea bienes de que aquél carece. —Los castigos se encaminan a corregir faltas cometidas por los niños, su desaplicación, sus vicios; los castigos son las medicinas del alma a la cual producen tanto bien como las medicinas al cuerpo cuando están bien aplicadas».

Estamos solamente espigando en este librito que destaca en cada caso unas palabras claves. Al hablar de los deberes para consigo mismo y distinguir los que se refieren al cuerpo, se lee lo siguiente sobre el aseo: «Los niños deben presentarse bien limpios y aseados para lo cual se lavarán con frecuencia, se peinarán y cortarán las uñas. Después de comer se limpiarán los dientes; una vez por semana, cuando menos, se lavarán los pies, y de cuando en cuando, tomarán algún baño general. El aseo revela pureza de alma y otras buenas cualidades». Siguen los deberes para con los amigos a los que tratarán de Vd., a no ser que haya mucha amistad, al mismo tiempo que se prescribe que «por grande que sea la intimidad y franqueza de los amigos, no debe practicarse ningún acto contrario a la urbanidad delante de ellos, como estirarse, bostezar, rascarse, meterse los dedos en la nariz, etc., etc.». Deberes para con la sociedad, entre ellos las visitas, con

la recomendación de que «todas las visitas se devuelven excepto las de pésame». Y se dan normas de conducta en las conversaciones, en el juego, en los espectáculos y en la calle con una recomendación que tantos remordimientos producirían en nuestros abuelos después de la inevitable falta de obediencia: «Los niños no deben mirar directamente y con descaro a nadie que les llame la atención. Tampoco deben entretenerse mirando a los escaparates y menos cuando contengan golosinas».



Escena familiar a la puerta de casa. Principios de los años 40. Antonio ha salido de una enfermedad que le muestra más viejo que ahora.



Fachada de la casa de Antonio, dividida en su interior en dos viviendas independientes. Las ventanas superiores corresponden al «soberao».



La torre de la iglesia parroquial es centro y «norte» del pueblo. Desde casi cualquier casa y desde el campo es visible y marca para mujeres y hombres el lugar y la hora de su existencia.



Compactas y unidas, como son las casas del pueblo, así son también las moradas de los muertos. La falta de espacio crea una segunda planta, y hasta una tercera, mientras la cal sigue blanqueándolo todo.

El lector encontrará en este libro exactamente lo que dice su título: la biografía de un campesino andaluz —Antonio— tal como él la contó. A esta segunda edición se le añade un capítulo que establece semejanzas y diferencias entre un pasado y un presente separados por treinta y seis años. Se trata así de un ensayo de *etnografía histórica* como método que ayuda a iluminar el pasado reciente y a supera el enfoque sincrónico de la etnografía tradicional. El relato de Antonio fue el testimonio de un hombre sencillo que era necesario recoger antes de que se perdiera por completo o se olvidaran cosas menudas, costumbres que fueron y hablaban de una España dolorida donde no era fácil vivir, sobre todo en los ámbitos rurales. No podía imaginar Antonio las cosas que han ocurrido desde entonces o siguen pendientes: una Constitución, un largo reinado con sobresaltos, un desarrollo demasiado acelerado, que explotó como una burbuja o un globo de ilusiones, una España nuevamente dividida y amenazada, unos pueblos que siguen siendo pueblos para bien y para mal. Antonio tendría ahora ciento nueve años. El autor se pregunta: ¿Qué oíríamos de Antonio si volviera a su pueblo por unos días y nos contara lo que ve y lo que siente? El nuevo relato sería *realismo mágico*; algo imposible, pero al alcance de los viejos y los jóvenes de hoy. Todo es cuestión de mirar a nuestro alrededor y, a la vez, echar una mirada al pasado.



ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ (Sevilla, 1931), cursó los estudios de licenciatura y doctorado en Historia de América en la Universidad de Sevilla y la licenciatura en Antropología Cultural en la Universidad de Chicago. Catedrático emérito de la Universidad de Sevilla, fue director del Departamento de Antropología y Etnología de América y decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Ha sido asimismo profesor de la Escuela de Estudios Antropológicos de Madrid, de la Universidad de Maryland y de la Facultad de Medicina de Sevilla. Sus investigaciones de campo las ha realizado en Nuevo México, Guatemala y Andalucía. Es autor de numerosos artículos científicos y de libros como *Los hispanos de Nuevo México*, *Antropología Cultural* (Premio Breviarios de Educación del INCIE), *El Albaicín de Granada: la vida en un barrio*, *El Gran Norte de México: una frontera imperial en perspectiva (1540-1820)*. Es miembro de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

